

ERA

NO
O
—
—
—



ENCUADERNACION
VERONICAS
—
MURCIA

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

EST^E

7

TAB^A

F

N.º

9

Mod. 39 78



La Compañera.

VICENTE MEDINA



AYUNTAMIENTO
DE MURCIA

ARCHIVO

ESTE

4

TAB^A

F

N.º

9

de Vicente Medina

A Volúmen de 512 páginas. Contiene la labor poética del autor hasta 1908. Incluye juicios críticos de escritores ilus-

TRACION DE LA HUERTA. Aires murcianos. - Ilustraciones fotográficas de paisajes y costumbres de la huerta, tomadas del natural por el mismo autor.

LA CANCION DE LA VIDA Poesías con autobiografía.

ALMA DEL PUEBLO Primeros ensayos poéticos.

LA CANCION DE LA MUERTE Cuadros en prosa - Páginas de intenso pesimismo.

ABONICO Poesía - Las cartas del emigrante en Buenos Aires murcianos.

CANCIONES DE LA GUERRA Poesía. Piadosa lamentación, queja angustiosa, protesta airada contra la locura sangrienta de los hombres. Esto es este libro.

TEATRO

El Rentó

La sombra del hijo

El alma del molino

¡Lorenzo...!

OBRAS DRAMATICAS INÉDITAS

La pena duerme

La copla triste

El calor del hogar

En lo oscuro

Los pájaros

La fiesta del mar

El canto de las lechuzas

LA COMPAÑERA

EL CASTILLO ENCANTADO

(POEMA ÍNTIMO)

COLECCIÓN DE LAS OBRAS COMPLETAS
DE VICENTE MEDINA
EDITADAS POR EL
PROPIO AUTOR.

VI



ROSARIO DE SANTA FE
REPÚBLICA ARGENTINA
===== AÑO 1921 =====

R. 6704

© Ayuntamiento de Murcia

ILUSTRACIONES DE
INOCENCIÒ MEDINA VERA
Y DE FRANCISCO PELLÒ, Y
FOTOGRAFÍAS DEL NATURAL
POR EL AUTOR.

LA COMPAÑERA

A ESTE VOLUMEN SEGUI-
RÁN: «PEQUEÑA GALERÍA»
(APUNTES) Y «CONTRA EL
DIOS DE LOS HOMBRES.»



DERECHOS RESERVADOS



Se ha quedado lo mismo que un castillo
silencioso la casa...
todo vacío... todo solitario...
¡y todo mudo, que de tí nos habla!...

EL CASTILLO ENCANTADO



Recuerde el alma dormida

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso, y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.

.....

Partimos cuando nascemos,
Andamos cuando vivimos,
Y llegamos
Al tiempo que fenescemos:
Así que, cuando morimos,
Descansamos.

JORGE MANRIQUE.



De nadie soy el huésped al finalizar el día...

Por el polvoriento sendero de un ensueño fui en busca del amor que fuera mío en la pasada vida.

* * *

Elevábase su casa al extremo de una solitaria calle. En la brisa de la noche, somnoliento en su percha estaba el pavo-real, su favorito; y las palomas, silenciosas, permanecían acurrucadas en un rincón.

* * *

Bajó su lámpara cerca del portal y se detuvo delante de mí; levantó sus grandes ojos hacia mi rostro y mudamente interrogó: «¿Estás bien, amigo mío?» Quise responder, mas no pude; habíamos olvidado nuestro lenguaje, lo habíamos perdido...

Pensé, pensé inútilmente; ni su nombre, ni el mío, acudieron a mi memoria.

Brillaron las lágrimas en sus grandes ojos, levantó su diestra y la tendió hacia mí; yo la tomé y permanecí silencioso.

Nuestra lámpara aleteó suavemente en la brisa de la noche y se apagó.

* * *

Entre la maleza, cerca del reseco estanque, volaban las luciérnagas; las ramas del bambú arrojaban su sombra sobre el sendero, ahora cubierto por la invasora hierba.

De nadie soy el huésped al finalizar el día.

La noche larga y solitaria preséntase ante mí, y yo estoy fatigado.

RABINDRANATH TAGORE.

Traducción de Carlos Muzio Sáenz Peña.

Esperanza . . .

Pan nuestro cotidiano.

¿Y por qué no ha de ser verdad el alma?
Qué trabajo le cuesta al Dios que hila
el tul fosfórico de las nebulosas
y que traza las ténues pinceladas
de luz de los cometas incansables,
dar al espíritu inmortalidad?

¿Es más incomprensible por ventura
renacer que nacer? ¿Es más absurdo
seguir viviendo que el haber vivido?
¿ser invisible y subsistir, tal como
en redor nuestro laten y subsisten
innumerables formas, que la ciencia
sorprende a cada instante
con sus ojos de lince?

Esperanza, pan nuestro cotidiano,
Esperanza, nodriza de los tristes,

.....
.....
.....

¿verdad que he de encontrarme con mi muerta?
Si lo sabes, por qué no me lo dices!

AMADO NERVO.

Las ropas de la muerta

¿Cómo podremos expresar la impresión que nos producen las finas ropas de una mujer a quien hemos amado y que ha desaparecido hace tiempo, para siempre?

La mujer que vestía estas ropas que acabamos de sacar de un armario, ha iluminado antaño nuestra vida. Con ella se fué nuestra juventud. Ni esa mujer, ni nuestra juventud, volverán más.

AZORIN.

"Al margen de los clásicos".





RINCONCITO DE PAZ
EN ROSARIO DE SANTA FE, DONDE
DESCANSA «LA COMPAÑERA».



Rinconcito de paz

En Rosario de Santa Fe (República Argentina) en el cementerio de La Piedad, lote 29, letra A, solar 7, parte antigua, hay un terrenito de $2\frac{1}{2} \times 5$ metros, cercado de una sencilla verja de hierro y ladrillo. En la verja hay dos lápidas de mármol negro: una pequeña, al frente, que dice:

RINCONCITO DE PAZ
DEL POETA VICENTE MEDINA
Y DE LOS SUYOS

En la otra lápida, que es grande y que está parada y sujeta a la verja, al fondo, reza así:

AQUI DUERMEN EL DULCE SUEÑO

JOSEFA SANCHEZ VERA, DE 48 AÑOS
ESPOSA DEL POETA

En esta piedra negra seguirán los nombres de los que allí vayan a dormir el dulce sueño de la muerte.

En el rinconcito aquel hay cuatro cipreses y rosales, nardos, violetas...

La esposa del poeta, la dulce compañera, que era buena y humilde y que amaba las flores, ha sido enterrada allí en plena tierra en un ataúd sencillo, y

es su propia vida cada flor que allí nace; vida que se convierte ahora en flor y perfume...

Y son los versos de este libro el hálito más puro de su vida, son ella misma transformada en poesía... Su alma recogida por mí en su último aliento, son estos versos...

Ella, la dulce compañera, ya va conmigo a todas partes... De ella, como hilo purísimo de lágrimas, mana el triste venero...

Ella falleció el 29 de junio de 1915 a las 6 y media de la mañana.



La Compañera fué Josefica *la de Capote*

A mi suegro le llamaban Perico *el de Capote*, porque su padre fué *el tío Capotico*, y a mi mujer le decían Josefica *la de Capote*.

* * *

«No he tenido carta tuya,
pero de mi madre sí...
¡Y aún no le he escrito a mi madre
y otra vez te escribo a tí!»

Efectivamente, ya no me escribía Rufina Crevillén, mi novia de Archena, mi primera novia, cantada en «Mi Reina de la Fiesta», en «La Cita», «En la Senda», etcétera.

Yo estaba en Filipinas, en Cavite, de cabo de infantería de Marina, y ese cantar se lo escribí a Rufina, entonces, en una carta...

«Me dicen algunos que pa qué t'escribo...
Hay quien asegura
Que con otro mozo del pueblo te casas...» (1)

Rufina me era fiel, pero su familia la venció; le aseguraban que yo no volvería de Filipinas. ¡Estaba aquello tan lejos!... ¡Tantos soldados iban a Cuba y a Filipinas para no volver!... ¡Como que cuando en los sorteos se sacaba boleta para Cuba o Filipinas

(1) *La carta del soldao.* (Aires murcianos.)

se decía: «¡Le tocó boleta negra!»... Y, en el supuesto de volver, le decía su familia a Rufina, que yo volvería como todos los que volvían: enfermo y hecho una ruina...

Y Rufina aceptó las relaciones con un primo suyo, muy del gusto de su familia, y dejó de escribirme...

* * *

Yo volví de Filipinas, afortunadamente, sano y bueno; pero las relaciones de Rufina con su primo estaban adelantadas... Además, yo me indigné por su falta de constancia y le devolví sus cartas y su retrato y su trenza de pelo, y le pedí mis cartas y las cosas mías: un anillo... ¡yo qué sé!... Y quemé cartas y versos amorosos... ¡todo!

Pasé unos días terribles. Luego me fui serenando y, aunque con el rescoldo en el corazón, pensé en echarme otra novia,

«Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita...»

para darle en los ojos a Rufina: despecho, debilidad humana... Rufina me mandó a decir, cuando le pedí mis cosas, que tuviese paciencia. Acaso me quería dar a entender la posibilidad de romper ella su compromiso... Pero yo había puesto su cariño en tal punto de altura y de pureza, que me pareció incurable la herida de su inconstancia, y seguí con el propósito de echarme otra novia.

Hablando de este propósito, un día mi madre y yo, me ci o mi madre:

—¿Sabes quién me gusta, por todas sus prendas? Josefica la de Capote.

Yo sabía quién era: era la muchacha más bonita del pueblo, colorada como una rosa, primorosa y sabiendo de sus manos, y otra no había más honesta y recogida...



LA COMPAÑERA, CUANDO ERA MOZA ALDEANA
Y NOVIA DEL POETA. ESTÁ RETRATADA EN
LA CASA DE SU PADRE PEDRO
SÁNCHEZ, EL APERADOR,
EN ARCHENA.

— Pero ¿no es la novia de Gregorio, madre?

— Dos años ya que no se hablan, hijo; y es mu-
chacha de la que nadie puede decir ni la punta de
un alfiler.

Interesado por esa indicación de mi madre, fuí a
visitar a Josefica *la de Capote*. Vivía en la misma
calle de Rufina Crevillén, en la misma acera, y tres
o cuatro casas por medio... ¡muy cerquita!

Yo había ido, en otros tiempos, a casa de Josefica
para mirar, desde allí, a Rufina... Los días de fiesta
Josefica solía estar con su novio al lado, platicando...
Alguna vez la misma Josefica me avisó, amablemente,
que estaba Rufina a la puerta... Yo me asomaba
y me echaba miradas con Rufina... Y Josefica y su
familia se sonreían bondadosamente...

* * *

Después de visitar a Josefica y a su familia dos
o tres veces, una noche de un día de fiesta, arrimando
mi silla significativamente a la de Josefica, que estaba
sentada, le hablé en voz baja de esta manera:

— Josefica: Tú has tenido un novio cuatro años
y yo he tenido una novia seis años. Tú ya no tienes
novio, ni yo ya tengo novia. Mis pensamientos son
tales y cuales. Quiero ver si me busco la vida y me
caso. Yo te aprecié siempre. Te veía pasar los doming-
os, al lado de Gregorio; ibas con tu traje lujoso de
huertana bordado en lentejuelas, y yo, que también
tenía mi novia, pensaba, sin envidia, en la suerte
de Gregorio llevándote a su lado...

Josefica callaba.

«Trenzando los flecos de su pañuelo»
con sus manecitas...» (1)

Y yo le seguí diciendo:

— Mira, estamos iguales; si quieres, podemos probar
a querernos...

(1) "Naïca" (Aires Murcianos).

Y a la noche siguiente Josefica estaba sentada, como esperándome, con una silla desocupada a su lado... *y me dijo que sí.*

* * *

Y algunos domingos, Rufina a la puerta de su casa con su novio, y yo con Josefica en la puerta de la calle, también, solíamos platicar una y otra pareja, mirándonos a hurtadillas...

* * *

Pasaron algunos meses y, viéndome licenciado del servicio militar y sin oficio ni beneficio, traté de buscármelas de algún modo. Fué entonces cuando me hice vendedor de telas por los pueblecitos cercanos. Y fué entonces, también, cuando mi cariño por Josefica echó raíces entrañables al ver su fidelidad y constancia conmigo en días de poca suerte y de incertidumbre respecto de mi porvenir.

Dejé de vender telas, porque aquello no daba nada, y emprendí un viaje a la ventura. Me iba a la Argelia, pero me detuve en Cartagena. Por fin, después de algunos apurillos, empecé a ganarme el pan. Y entonces hice un viaje a mi pueblo para ofrecerle, a la fiel y constante Josefica, aquel pedazo de pan.

Y Josefica se había quedado un poco delgada de coser a la máquina, día y noche, agenciándose su ajuar de novia...

Y el padre de Josefica, que era carpintero, nos hizo una cómoda, un ropero y una mesa...

Y yo pedí cien duros, a rédito de real por mes, y, por fin, me casé en el pueblo con Josefica *la de Capote*: Josefa Sánchez Vera, «La Compañera» muerta, que vive en estas páginas.

* * *

Rufina Crevillén se casó, después que yo, con su primo, y murió de sobreparto al año, dejando un hijo. Esta es la vida.

Mi debilidad

Quiero explicarte, lector, por qué este libro está lleno de láminas. Te confieso que tengo la debilidad de las láminas. Las ilustraciones bien sentidas y las fotografías del natural bien tomadas, pueden darnos un aumento de ambiente y de sensación. Me gustan los libros lujosos y todo derroche editorial. Entiendo ese lujo no solamente en lo costoso, sino en lo original, en el detalle. Me imagino un cuaderno precioso de papel de estraza con versos divinos en una tipografía tosca y clara y con ilustraciones impresionistas: siluetas, esbozos, o, en relieves, imitaciones de pequeños bajorelieves... ¡qué sé yo! Sueño con esas cosas. También me gustan los libros austeros, sencillos, humildes; pero, siempre, con gusto editorial: cuidados, pulidos, graciosos... Mi placer es entrar en la librería, trastear, mirar, manosear lo tantas veces escudriñado. Siento una delicada voluptuosidad en las librerías, ¡Tantos libros nuevos!... En cambio en las librerías de viejo, que me atraen también, no puedo sustraerme a la melancolía de aquellos libros — que fueron flamantes y pulcros — aho a tirados, ajados, mancillados...

* * *

Aparte de esta debilidad mía por los papeles y por las estampas, razón, seguramente, de mis razones, pues no hay otra humana razón que la de nuestra debilidad, sea por lo que sea, este libro, lector, está lleno de láminas porque he querido recoger en él, lo más permanente posible, la imagen gráfica de algunas cosas muy queridas.

* * *



*Rincones
de la
Quinta*





La Huerta de Murcia en América. — Bancales de trigo y barracas.

ÓLEO DE MEDINA VEFA.





BARRACA MURCIANA Y HUERTANOS, EN AMÉRICA.

Cuando le dí un cambiao a mi vida y me vine a América, *le vendí* a mi pobre mujer, «La Compañera», un huerto que había heredado de sus padres, aumentando, con ello, nuestra reserva de recursos pecuniaros. A los dos o tres años, y habiendo ganado algunos miles de pesos en especulaciones de terrenos, pues era buena época, le dije a mi mujer: «Mira, he comprado cerca de la ciudad unos lotes, por mensualidades; en esos terrenos vamos a ir formando una quinta para nuestro descanso y recreo... Hazte cuenta de que



Rincones



EN EL BAÑO DE LA REINA MCRA.

es tu huerto, que lo traigo de España y que lo pongo nuevamente en tus manos.

* * *

Y fué entonces, por el año 1911, cuando en Rosario de Santa Fe (República Argentina), y en la estación Hume, del Ferrocarril Central Córdoba, clavé cuatro palos en un terreno donde solo había malezas, y comencé a formar nuestra quinta.

Puse en mi quinta muchos árboles, cosa rara en este país, y en poco tiempo hice un vergel simpático, con mucho de natural y de rústico. En la quinta, en este huerto de mi mujer, había naranjos, palmeras, barracas y huertanos; en una palabra: nuestra huerta murciana la habíamos trasplantado a este rincón de Hume... Yo me he paseado con mi mujer por esta huerta, al caer de la tarde, entre los verdes panizos y entre los bancales de pimientos, tomates y bajocas, sintiendo correr el agua por los brazales...

* * *

«La quinta de Medina» se hizo un poco popular en Rosario. La quinta, con sus árboles y sus verdes y floridos rincones, atraía a la gente como a los pájaros, y la imaginación popular agregó al vergel un cierto encanto de leyenda y de misterio...

¡Y el misterio lo completó la muerte, llevándose a «La Compañera» y dejando la poesía que da valor a las cosas más inocentes y sencillas: cuatro paredes (*la casita blanca*), unas calles de árboles, un baño rústico (*el baño de la reina mora*), el palomar (*castillo encantado*), el pequeño lago, los rosales, los claveles, los cipreses oscuros!...

Y tu amable fantasía, propicio lector, completará la poesía de estas cosas — versos, fotografías, recuerdos — cosas inocentes como digo, pero que son el alma y el perfume de la vida.

¡El alma y el perfume de la vida recogidos en este libro que es, como todos los míos, mi debilidad!

El culto

ANIVERSARIO DE «LA COMPAÑERA»

Mi mujer murió hace un año, el 29 de junio de 1915, día de San Pedro. Le hemos levantado un altar de recuerdos, pensamos en ella con devoción encendiendo nuestros sentimientos, y hemos hecho un delicado culto de su memoria...

Para nosotros no ha muerto, parece que está ausente, que está cerca... su evocación entre nosotros es familiar, natural, dulce, sencilla... plácidamente, sin nada de lo tétrico de la muerte, la mentamos:

— La mamá hacía así tal comida... A este dulce le echaba tal cosa...

— Cuidaba así los pájaros, cuidaba así las flores... Hacedlo así, como ella lo hacía es mejor... Y las comidas y el dulce y todo, cuando lo haceis como ella, sabe mejor...

— Sí, sí, lo haremos.

— Fulano dice que la mamá, en vida, concedió que tal cosa fuera así...

— Pues así... que sea lo que quiso la mamá... hágase su voluntad...

Y sentimos como si mi mujer nos estuviese oyendo y ajustamos nuestra conducta como para no disgustarla, como si hubiera de volver y hubiera de sonreírnos complacida...

* * *

Hace un año que «La Compañera» descansa a la sombra de unos cipreses y de unos rosales... Todos

La
Compañera
Año
1904



La
Compañera
Año
1915

los meses visitamos aquel rinconcito de paz, le llevamos flores y mullimos, la tierra que como un majo cobertor, cubre la cama de su eterno reposo...

Este mes de junio, el día 29 a las tres de la tarde, en el Cementerio de la Piedad, parte antigua, nos reuniremos para el aniversario de su muerte los que la amábamos y los que por el poema de nuestro sentimiento se sientan atraídos a la dulce manifestación... Le llevaremos flores del jardín que cuidaron sus propias manos, arrullaremos su santo sueño con una delicada música y diremos a su oído, pensando que nos escucha, dulces palabras y versos, como benditas oraciones...

Sabedlo, amigos y sentimentales: estas páginas que compendian nuestro sencillo culto al año de su muerte, son un manojito de flores del altar de sus recuerdos, frescas de ternura y saturadas del aroma delicado de su memoria...



La fiesta de "La Compañera"

El día no ha querido ser menos que nosotros y ha contribuido a tu fiesta... Después de las intensas heladas, hemos tenido un día espléndido... El sol ha sido el primero en besarte...

* * *

Hoy que más flores deseábamos para tí, no había flores... Se las han llevado los fríos... ¡como te llevaron a tí, que eras otra flor!...

* * *

Aunque nuestro jardín es hermoso, hoy estaba sin flores... se ha despojado para tí de cuantas tenía... Y estaba triste el jardín, pero estaba hermoso porque todo te recordaba en él... y porque, con las heridas abiertas, de los tallos cortados, todas las plantas lloraban por tí...

* * *

A esta fiesta del cariño y del sentimiento han acudido muchas gentes que no te conocieron en la vida del mundo, pero que te conocen y te aman en la vida del espíritu... Porque la ternura es el cielo de las almas en donde somos hermanos todos... y en donde todos nos amamos...

* * *

En el recogimiento del camposanto sonó la música... La música lloraba... La música te arrullaba, te mimaba, te despertaba... La música te evocaba... te llamaba... tenía lamentos y sollozos...

La gente se fué acercando con recogimiento religioso, religioso de sentimiento, y nos rodeó a tí y a mí... A tí muerta, en tu lecho de flores, quizás más viva que nunca... Y a mí, vivo, más que de la vida, cerca y enamorado de la muerte...

Y el silencio era tan religioso y solemne que, como delicado matiz de la propia música, solo se oía algún suspiro...

Y en este silencio llegó una niña como un angelito del cielo, una niña que tú habías besado muchas veces... Venía la niña con un ramito de siete rosas (siete fueron los sagrados dolores). Siete rosas — ¡No había más! — dijo la niña — Y eran para tí... Y alcé en brazos a la nena y la besé y ella misma puso sobre tu pecho las siete rosas de los siete dolores...

Y en este silencio, como el más delicado lamento musical, llegó a los corazones estremeciéndolos un débil quejido, un sollozo que pareció arrancado de las cuerdas de los instrumentos... Y era un sollozo, el débil y contenido sollozo, de tus hijas que venían a la fiesta... Y mezclado con las notas musicales, como divina nota, aquel sollozo llegaba a los corazones y los corazones se oprimían...

Y en este silencio de la música que rezaba murmurante y suave su oración divina, vírgenes henchidas de amor, amor de amor, amor de sentimiento, amor de belleza, como sacerdotisas sagradas, con acento dulcísimo, entonaron a tu oído la música inefable de los versos...

Y hubo de ellas una que no podía decirte versos porque te decía lágrimas...

Por esa divina atracción de la ternura, a la fiesta de arrullo de tu divino sueño, han venido mujeres,

más mujeres que hombres, mujeres henchidas de amor que no saben a quien amarán, pero que ya aman... Mujeres como flores, llenas de perfume, pero que ignoran en qué búcaro irán a lucir y en qué estancia irá a derramarse su purísimo y virginal aroma...

* * *

Y a esta fiesta de amantes que sufren la ausencia y que se dan una tierna cita en un rinconcito triste, han venido jóvenes tiernas parejas amorosas, y muchas viejas parejas amorosas también, como lo éramos tú y yo, y ante la tumba de una mujer amada, más amada después de muerta, se han hecho firmes y entrañables promesas de fidelidad y han apretado en silencioso voto, sus brazos enlazados, al ver que los más fuertes lazos del cariño los desata la muerte...

* * *

Y en esta sagrada fiesta de la muerte, por gracia de la divina concepción de la ternura, han nacido amores nuevos y sentimientos nuevos, y han brotado nuevos manantiales de alegría en las almas, llorando ojos que no tenían por qué llorar, y ojos, acaso, que no lloraron nunca...

* * *

Tu sepultura estaba engalanada...

Había dos coronas: al cabecero y a los pies... Una corona era de tus hijas, de tu yerno, de tu nieta... Otra corona era de la familia: de tu hermana, de tu hermano, de tu sobrino, de mi madre, de todos...

Y en la tierra, sobre tu mismo pecho, tenías un ramo de tu Compañero... Este ramito, mi ramito, con tres claveles hermosos y unas rosas, yo había ido a comprártelo por la mañana como cuando éramos novios...

* * *

Y en este silencio del camposanto... en este silencio de la emoción... en este silencio de corazones oprimidos... en este silencio del crepúsculo de la tarde y de la música que susurraba como un manantial de lágrimas, yo te hablé más enamorado, más apasionado, más sentido que nunca...

«¡Ahora que no te tengo!»...

Y mis alaridos (porque eran alaridos ¡ay de mí!) desgarraron aquel solemne silencio de la santa tarde... de la santa tarde que se estremeció...

Y el callado camposanto me acompañó en mi dolor y repitió con sus ecos:

«¡Ahora que no te tengo!»...

Y los corazones oprimidos de los que te aman sin conocerte, a través de mi amor... de los que te lloran sin conocerte, a través de mi pena, se hincharon y rompieron en sollozos...

Y, a mis alaridos, sollozó la tarde, sollozó la música, sollozó el camposanto, sollozaron los corazones, sollozaron los versos...

Y nuestra hija la casada sollozaba también con los ojos preñados de lágrimas, a la vez que al lado de tu sepultura daba de mamar a su hija, a nuestra nieta... ¡que parecía el capullo de una rosa que hubiese nacido de aquella santa tierra y de tí misma!...

29 de junio de 1916.



Alma - verso

Si tú, mi bien, no hubieses existido
y no te hubieses muerto;
si no me hubieses dado de tu vida el perfume;
si en esta noche negra de mi dolor acerbo
no tuviese yo aquella lucecita
santa de tu recuerdo,
luz que me guía,
luz de consuelo
y purísima fuente,
de inefable ternura, triste venero;
si así no hubiera sido,
no existiera este libro porque es eso:
es tu vida y tu muerte,
tu amor y tu perfume y tu recuerdo...
tú misma transformada
en idea y en ritmo y sentimiento...
Este libro es tu álma, es tu álma bendita,
¡es tu álma hecha verso!



Desvelo

I

Ya no me llama la cama,
compañía busco en un libro...
¡tan solo, como sin tí
me veo, nunca me he visto!...

II

Ya no me llama la cama...
ya no me dices con mimo
acurrucadica en ella:
«¡Anda, que ya es tardecico!»

III

Tarde velo en este cuarto,
que has dejado tan vacío...
esta soledá eres tú...
¡quiero estar así contigo!...

IV

En tu vida, vida mía,
pienso y te veo y suspiro...
¡pero en dónde y cómo duermes
no quiero pensar, bien mío!...



Ya no me llama la cama,
-compaña busco en un libro
.....

V

Más que en lo que eres ahora,
pensar quiero en lo que has sido;
porque, pensando lo que eras,
con el pensar te revivo.

VI

Eres más lo que no eres
que lo que a ser has venido,
y ya te quiero ilusión
porque en ilusión te vivo.

VII

¡Compañera!... Ya no tengo
quien caliente mi laico,
que estoy sin tí, compañera,
y tengo en la cama frío...

VIII

Me dejé la cama grande
y en una estrecha me avió...
¡para qué la quiero anchica
si tú ya no estás conmigo!

IX

De tan cerca de mis brazos
como estabas, ¡tan lejícos!...
¡Qué helá esta cama vacía!...
¡¡Vacía de tu cariño!!...

X

Tardo en dormirme, doy vueltas...
me falta tu calorcico...
¡Adónde echaré los brazos
que no encuentre este vacío!...



El animal

Muge el solitario animal en el campo
a su compañera echando de menos...
husmeando muge,
la testuz ansiosa levantada al viento...
No come, no rumia, va desorientado
y se para y muge... muge lastimero...

Yo ya sé que la vida... que el mundo...
que el alma... que el cuerpo...
que Dios solo sabe por qué nos da penas
y por qué nos quita lo que más queremos...
Sé que nada es todo y que todo es nada...
que es nada y es todo mi dolor, comprendo,
y sé que descansas y sé que en la vida
no hay nada que cure tanto como el tiempo...
Pero es que mi pena
no es de lo que entiendo
y, como es mi pena,
ni entenderla quiero:
que quiero sentirla y quiero gozarla
sin ponerme a pensar lo que siento...

Como la del pobre animal en el campo
(*costumbre de yunta y amoroso celo*)
es la pena que moja mis ojos
hinchando mi pecho:
es la falta de algo
como de mi vida, como de mi cuerpo...
es tu compañía
echada de menos...
y con un instinto de animal errante,
alzo la cabeza y el aire olfateo...
la cabeza ansiosa sin luz, como sombra
negra el pensamiento...
Y en las soledades del callado campo
al azar camino, suspiro y me quejo,
¡la cabeza ansiosa de animal transido
levantada al cielo!...



...¡la cabeza ansiosa de animal transido
levantada al cielo!...

ÓLEO DE MEDINA VEFA.



En el camino

Duermen todos en la casa
es tarde y velo en tu cuarto...
más que en el cuarto, esta noche
estoy donde te han llevado...

Allí, en aquel rinconcito
de paz, me estás esperando...
en el rinconcito aquel
en donde hemos de juntarnos.

De la carga de la vida
estás allí descansando...
es el camino que todos
con esta carga llevamos...

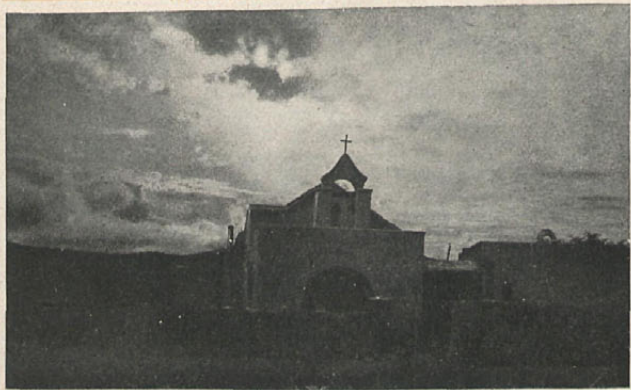
Estás allí, de la buena
madre tierra, en el regazo...
es el más dulce tu sueño
y tu lecho es el más blando...

Hacia donde tú te encuentras
llevo yo también mis pasos...
¡pero, este camino, nadie
sabe si es corto ni largo!...

Bien acompañada ibas
y tú pronto lo has pasado...
caricias tuvo tu sueño
y con mimo te acostaron...



*En el
camino*



Bien acompañada ibas...
¡pobres de los que aplastados
por la carga, tengan, tristes,
su camino solo y largo!...

Hay quien no sabe por dónde
lo encaminarán sus pasos...
¡ni a que rinconcito triste
su camino ha de llevarlo!...

Yo tengo mi ruta ya
que tú me la has señalado:
me lleva el camino adonde
tú me esperas descansando...

De tí, cierto no sé qué
tiene ese camino: es algo
que dulcemente me llama
desde que tú lo has pasado.

Si lo sigo, me parece
que voy siguiendo tus pasos...
si lo sigo, me parece
que te sigo enamorado...

En el camino me encuentro
y llegaré no sé cuándo...
¡pero llegaré, amor mío,
y me acostaré a tu lado!



Los del carrito

Tanta tristeza como por tí, bien mío,
¿sabes tú por quién tengo?
Por los que en una cama de un hospital cualquiera
solos han muerto,
y solos y sin flores los llevan a la fosa
en un pobre carrito que arrastra un caballo...

En el triste camino,
cuando de verte vengo,
¡los que no llora nadie, los que nadie acompaña,
en su pobre carrito los encuentro!...





...en un pobre carrito...

ÓLEO DE MEDINA VERA.



La buena amiga

Era bien pasada ya la media noche,
se sentía frío... yo estaba a tu lado...
La Morfina, hermana buena de la Muerte,
te arorraba dulce... descansabas algo...
No podías estar acostada:
un sillón que guardo
como una reliquia porque me parece
que en él te has quedado,
te ha tenido hasta el último instante
piadoso en sus brazos...
Apenas dormías...
¡qué noches mortales!... ¡qué días tan largos!...
la fatiga aquella... te faltaba el aire...
pobrecita ¡cuánto
padecer! tenías
ya el cuerpo tronchado...

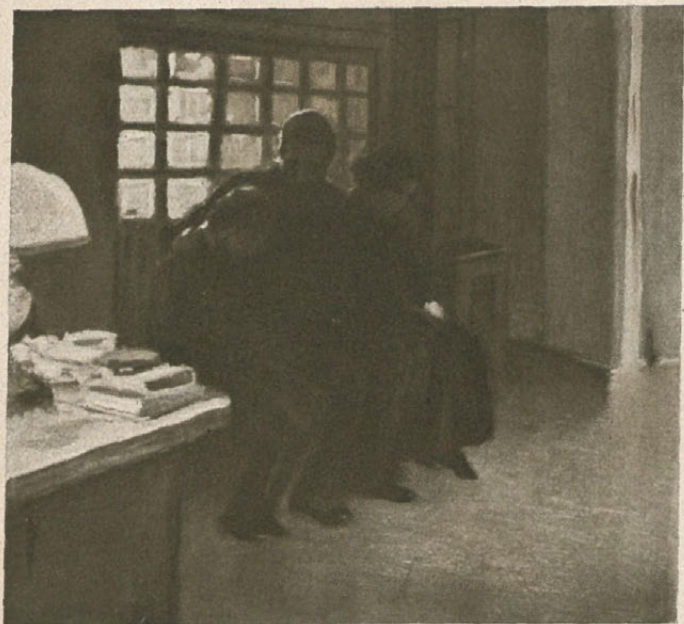
Era bien pasada ya la media noche...
se sentía frío... yo estaba a tu lado...
La buena Morfina
te estaba arorrando...
De visita, esa noche, venía su hermana la Muerte
y no lo sabíamos...

Se sentía frío... frío que en el alma
aun más que en el cuerpo se nos iba entrando...
El alba apuntaba... te toqué la frente:
la tenías lo mismo que un mármol...

¿Dormías?... Los ojos
habías cerrado
y con dolorosa expresión resignada,
en dulce reposo, cruzabas las manos...
Yo, mi bien, pensara que hasta sonreías...
¡Es que la visita ya había llegado...
y contra las penas y los sufrimientos
tiene ella un encanto!...
Es tan buena amiga... tan buena y discreta...
¡no se habían sentido sus pasos!

.....





Este es el tesoro mío.

ÓLEO DE MEDINA VERA.



El tesoro

Tranquila puedes dormir,
tranquila por tu legado:
tú me has dejado un tesoro
que yo codicioso guardo...

Herencias alivian duelos
y es lo que a mi me ha pasado:
tú me has dejado un tesoro,
y el dolor voy conllevando.

En la cama estás dormida,
tu sueño será bien largo...
las nenas están de luto
y una tengo a cada lado...

Este es el tesoro mío
que tú, mi bien, me has dejado,
y sufro al pensar que puede
írseme de entre las manos...

Este es el tesoro mío,
del que me tienes avaro,
¡y tiemblo al pensar a quién,
si muero, habré de dejarlo!



Duerme

Duerme, mientras yo velo ..
duerme, que yo te canto .

ZORRILLA

¡Pobres hijicas!... De ellas
tú, como madre, estabas al reparo...
Desde que tú me faltas
yo suplo el cargo...
Pobre de mí, teniendo
que llevar tus cuidados...
¡aún me siento más viudo
al hallarme hombre solo y desmañado!...

Duerme y no tengas pena,
que supliré tu falta, sin embargo,
pues parece que toda tu ternura,
al irte me has dejado...

A nuestra hija, la mayor, casada,
como tú le hablarías y le hablo...
y, atenta, tus palabras
enternecida escucha de mis labios...

A la menor, mis ojos
la miran compasivos y encantados
¡y es mi mirar el tuyo
que se quedó en mis ojos reflejado!



LAS HIJAS DE VICENTE MEDINA





Y a la nieta, lo mismo que tú harías,
yo la mezo y le canto...
¡y eres tú, que me llenas de ternuras
quien la mece en mis brazos!

A tí también la muerte
te mece en su regazo...
Yo supliré tu falta
y estaré a los reparos...
Duerme, mientras yo velo...
duerme, que yo te canto.



Deseo de partir

Pienso en cuando me decías:
Qué ganas tengo que llegue
el día de que a mi lado
«¡te tenga yo para siempre!»

Ten por seguro tu logro:
me tendrás sin removerme...
¡Si no fuera por lo que es,
ibas prontico a tenerme!

Eres tú la que te has ido,
y yo quien ahora quiere
que llegue el día de estar
a tu lado «para siempre...»

Del remor y de las ganas
entrarme la murria suele,
y de acelerar mi viaje
me da tentación a veces...

Pero las nenas me atan
y sentirte me parece
que me dices: «Ten paciencia...
¡solicas no «me» las dejes!»



Es natural

Te has muerto, compañera,
rígida estás...
hace un momento hablabas...
¡ya no hablarás!
se han cerrado tus ojos
y ya no se abrirán...
de mi lado, bien mío, para siempre
te han de llevar...
¡y es natural!

Este vacío nunca
se llenará...
ni esta melancolía,
se curará...
el día de estar juntos
también vendrá:
juntos ya para siempre...
¡y es natural!



El rosal

Todo me suena a hueco, y el vacío
siento al andar...

Natural ya no encuentro
lo que antes encontraba natural...
Hallo la vida extraña y en el jardín desierto
me suelo preguntar:

«¿Por qué hice este jardín e hice esta casa?
¿Para quién he plantado este rosal?»

Este rosal pensaba yo que lo había puesto
para tí ¡claro está!

y para verlo yo lleno de rosas
y para los demás...

Junto al rosal estoy,
tú ya no estás... ¿En dónde, compañerica, estás?
¿Vagas por el jardín, acaso, y te sonríes
escondida mirándome pasar?

Junto al rosal estoy, y nuestras cosas
me pongo a recordar...

Eran tiempos felices, yo era un pícaro...
pero yo te quería de verdad...

Yo quería dejarte contenta en la casita,
mientras yo me marchaba a la ciudad...

y, muy de mañanita, alegre y cariñoso,
desde el jardín, a voces, te solía llamar:

«Josefa, ven corriendo
que veas el rosal:



El viejo rosal del patio.

ÓLEO DE MEDINA VERA.



ha prendido y ya brota...
 ¡tiene una hojita más!...»
 Y tú venías, buena y sonriente,
 e ingenua me decías: «¡Es verdad!»
 ¿Me estás oyendo acaso y te sonríes?
 ¿Vagas por el jardín?... ¿en dónde estás?
 Yo me marchaba entonces y, aunque no he sido malo
 te hacía picardías allá por la ciudad...
 ¿Y era para con rosas cubrir mis picardías
 tan solo este rosal?...

No, mi bien, no era eso... ¿Para qué son las cosas
 y por qué son las cosas, quién sabrá?
 Junto al rosal ahora y cuando deseara
 yo volverte a llamar
 para decirte: «Mira,
 tiene una hojita más...»
 junto al rosal ahora y ¡sin tñl me doy cuenta
 del por qué y para qué de este rosal.

El rosal era aquello y el jardín y la casa:
 Era, de mañanita, el poderte llamar:
 «Josefa, ven corriendo
 que veas el rosal:
 quiere abrir una rosa...
 ven pronto y lo verás...»
 Y sana y sonriente tú venías
 como otra rosa más...
 Y la dulce engañifa, la pillería aquella
 del que te hubiese puesto en un altar;
 lo simple de la cosa, era sin sospecharlo
 (¡se sabe cuando falta!) nuestra felicidad.

Yo sé lo que era aquello cuando te llamo y callas...
 y ahora yo he sabido lo que es la soledad...
 ¡Qué miedo me da ahora en el jardín desierto
 el volverte a llamar!...

No tiene madre

No tienes madre, hijita,
 obedece a tu hermana:
 todavía eres niña
 y ella es mucho mayor y ya es casada.
 Respétala, bien mio,
 y obedécela en todo... Haces lo que te manda...
 Es por tu bien, pues tiene el deber de educarte
 y, de tu pobre madre, ella cubre la falta...
 No tienes madre, hijita;
 haz caso de tu hermana
 que a tí ¡y a mí también! ella nos sirve
 de madrecita ahora, prenda amada.

Hija, y tú ten paciencia:
 considérate madre, más que hermana...
 ten de ella compasión, mírala ¡pobrecita!
 vestidita de luto, que da lástima,
 ya sin sombra de madre...
 ¡qué sabe ella! ¡infeliz! ¡de su desgracia!

La mamá, te crió, hija hasta verte
 mujer y ya casada...
 Te encaminó... Pero a la nena... ¡pobrel...
 Si caías enferma, recuerda cómo estaba
 a tu lado tu madre, con qué mimo...
 ¡¿y a tu hermanita, ya, quién va a mimarla?!...

Recuerda cómo la mamá, hija mía,
tus ropitas cuidaba...
cómo te componía...
¡con qué ilusión sus ojos de madre te miraban!...

Y así quiero que seas,
hija, para tu hermana...
Quiero que encuentre en ti lo que ha perdido...
quiero que tus halagos se la atraigan...
En ti, como en su espejo,
tu madre se miraba...
mírate tú también en tu hermanita,
tén de ella lástima...
¡que ya no tiene madre que la mire,
mi hijita de mi alma!

Agosto, 1915.



¡Contigo!

Compañera, contigo...
Yo soñaba llegar contigo a viejo...
A nuestro rinconcito, antiguos camaradas,
a descansar tranquilos recogernos...
Vivir la sosegada
vida de los recuerdos...
cultivar unas flores,
criar unos poliuercos...
dormitar... un buen libro...
¡y un rayito de sol en el invierno!...

Yo soñaba... soñábamos... Nuestra hija casada
feliz en su casita... tendríamos un nieto...
Ilusión la otra hijita... tener, para los días
de la vejez cercana, su apoyo y su consuelo...
verla reír, verla llenar la casa,
y revivir nosotros el encanto de aquellos
días de nuestra mocedad dichosa
en sus dorados sueños...

Todo tiene su ocaso:
yo pensaba en el nuestro,
esperando conforme, serenamente, el día
del forzado reposo y del renunciamento...
Es la ley de la vida: vienen detrás los jóvenes
y hay que dejarles ocupar su puesto...

Pero soñaba siempre yo alcanzar el ocaso
contigo... ¡dulce sueño!...
Era todo ilusión, contigo, y era,
contigo, todo bueno...
Eramos ya, tú y yo, tan una sola cosa
y tan éramos, ya, casi una alma y un cuerpo,
que, sin pensar contigo, no podía
pensar el pensamiento,
ni sentir, si no estaba,
también contigo, el corazón sintiendo...



Y así, soñaba yo con el ocaso
feliz de nuestra vida... ¡dulce sueño!...
Al declinar, tendría mi cariño
delicados reflejos
que le darías tú con la aureola
de tus blancos cabellos...

¡Ay! cuando a blanquear sobre tu frente
ya comenzaban éstos;
cuando el feliz ocaso se acercaba
¡santo sosiego!...
¡dulce y serena tarde de mi vida!...
¡puro embeleso!...
¡¡repentina llegó la negra noche
nublándose los cielos!!

.....
¡Compañerica mía, qué temprano
te ha entrado sueño!...
Te has acostado sola...
no me acosté a tu lado... yo no duermo...
Tú si duermes de un modo...
ni con mimos ni voces te despierto...
Te quisiera despierta, pero sufrías tanto...
Tu dormir es muy triste; ¡pero es bueno!
¡qué dulcemente, prenda,
descansa ya tu cuerpo!...

Mi bien, te has acostado para no levantarte...
tu cama está vacía y es la tierra tu lecho...
¡La cama está vacía para siempre
y el cuarto está desierto!...

Ocaso de mi vida:
triste y solo, te espero...
¡no tendrás la aureola delicada
de sus blancos cabellos!



Todo y nada

Cuando tú me vivías, a la vida
un motivo concreto le encontraba...
en cambio me parece la vida sin objeto
desde que tú me faltas...
¡O eras todo en mi vida
o la vida no es nada!



Los claveles

¿Será verdad que cuando toca el sueño,
con sus dedos de rosa nuestros ojos,
de la cárcel que habita huye el espíritu
a juntarse con otros?

BECQUER.

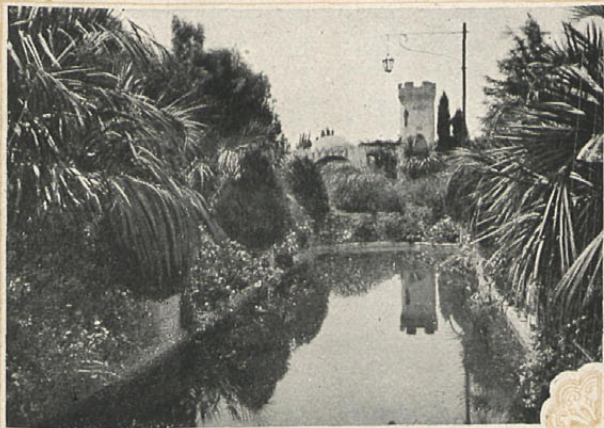
De aquellos blanco-aurora
que tú los alababas tantas veces
puse en mi dormitorio
un ramo de claveles...

A su aroma me duermo...
y he mandado que pongan también donde tú duermes,
en macetas y ramos,
de los mismos claveles...

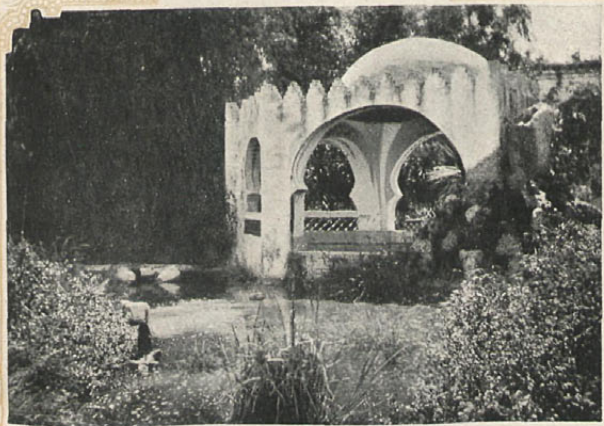
¿He soñado por eso? Venías tan ufana...
Yo estaba en la azotea... Me gritaste: «Vicente,
mira qué hermosura de flores que traigo...
¡Mira qué claveles!... ¡Mira qué claveles!...»

Venías tan gozosa...
colorada del sol y sana y fuerte,
levantando en los brazos
todo un haz de claveles...

Así yo lo he soñado... ¿De qué jardín vendrías
tan lozana y alegre?



*Entre par de pájaros
y murmurar de fuentes...*



¿En qué jardín estás donde se crían
tan hermosos claveles?

Despierto te he buscado...
¿en dónde podré verte?
Radiante estaba el sol y te he buscado
del jardín en los cuadros de claveles...

Ya no estabas allí: el sol radiaba
y entre su polvo de oro me parecía verte
sonreirme de lejos alejándote
con el haz de claveles...

Ya no estabas allí, pero en el aire,
entre piar de pájaros y murmurar de fuentes,
sonaba aquella nota cristalina:
«¡Mira qué claveles!... ¡Mira qué claveles!»

Claveles blanco-aurora eran los que venías
a presentarme alegre...
A la aurora te fuiste
para nunca más verte...

¿Ha quedado tu espíritu
prendido en los claveles,
que el dulce aroma de ellos
me hace sentirte y verte?

¿De qué jardín vendrías? ¿A qué jardín te has ido?
¿Me esperas cariñosa con el haz de claveles?
¿El morir, es dormir entre las flores?
¿Son bellos los jardines de la muerte?





¿De qué jardín vendrías
tan lozana y alegre?

ÓLEO DE MEDINA VERA.



© Ayuntamiento de Murcia

Eres tú...

Porque eras tú,
si buena no hubieses sido,
porque eras tú,
mi bien, te hubiese querido.

Porque eras tú,
si bella no hubieses sido,
porque eras tú,
mi bien, te hubiese querido.

Porque eras tú,
no por lo que hubieses sido...
porque eras tú,
es por lo que te he querido.

* * *

Duermes el más dulce sueño
a la sombra de una cruz...
duermes y yo me desvelo
porque eres tú...

Duermes... tu cama es la tierra
debajo del cielo azul...
Me llama el sueño contigo
porque eres tú...

Es una noche mi vida,
pero hay en ella una luz
que me guía...
¡y eres tú!

¡Una vez!

Una vez nada más, al despedirnos,
te has marchado, mi amor, sin darme un beso;
una vez nada más entre mis brazos
te he visto así: ¡de fría, como el hielo!
Una vez nada más no ha respondido
a mi voz amorosa tu delicado acento;
una vez nada más no has acudido
a mis gritos de pena y mis lamentos;
¡y, aunque a mi lado estabas, una vez nada más,
[esposa mía,
no me has dado consuelo!...

¡Una vez nada más!... una vez sola
no has pagado mis besos con tus besos...
Una vez solamente, compañerica mía...
Una vez solamente: ¡Cuando has muerto!





1 M.V.

Un dulce aullar, entre sueños
el perro dormido tiene...

ÓLEO DE MEDINA VERA.



En las sombras

Dicen que los muertos salen,
dicen que los muertos vuelven...
en mi soledad te espero,
por si vienes.

Enamorado, bien mío,
te espero como otras veces
y mi cita es en las sombras,
por si vienes.

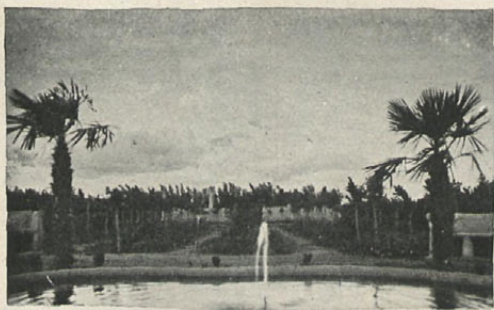
Es tarde, en la casa todos
se han recogido y ya duermen...
Todos duermen menos yo
que velo por si tú vienes.

Estoy en tu cuarto a solas...
fuera en la noche, se sienten
como pasos... ¿son los tuyos?
¿vienes?...

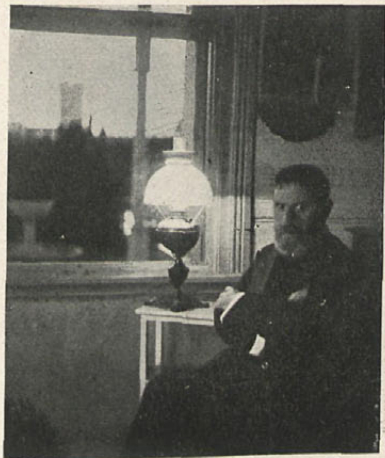
Un dulce aullar entre sueños
el perro dormido tiene...
De pronto, el pavo real
me estremece
con su vigilante grito...
¿vienes?



.....
Fuera,
en la noche,
se sienten
como pasos.
.....



A la ventana me asomo:
la luna da en los cipreses
y una sombra ha parecido
que se deslizaba... ¿vienes?...

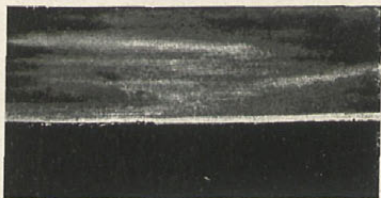


Un algo en este misterio
de la noche se estremece...
¿Es que te acercas, bien mío?
¿vienes?...

La luz oscila y se apaga...
gime quejumbroso un mueble...
¿Ha sido el sillón vacío
que en él a sentarte vuelves?...

De unas invisibles alas
me parece
sentir como una caricia...
¡tú, bien mío, pienso que eres!...

Siento cual si me besaras
con unos labios de nieve...
¡Mi amor, qué tristes y fríos
son los besos de la muerte!



El carrito

Ruedas tenía el sillón
que en sus brazos te ha tenido...
ruedas tenía el sillón
donde pasó tu martirio...

Te dormiste para siempre
en el sillón, amor mío,
y arrastraron el sillón
como si fuera un carrito...

Arrastraron el sillón
y el cuarto quedó vacío...
triste y solo me quedé...
¡solo con mis alaridos!...

En el sillón te llevaron
y ya, mi bien, no te he visto...
¡pero el rodar de las ruedas
está siempre en mis oídos!...

¡En carrito tan pequeño,
a qué largo viaje has ido!...
¡tan lejos ya, y siempre siento
yo las ruedas del carrito!...



Yo espero

En el mismo sillón donde te has muerto
yo duermo.
En él
te sueño.
En él
yo espero.
¿Qué espero?

Yo espero
irme un día contigo...
lo espero
en el mismo sillón donde te has muerto.



La cama

Con su cobertor de encaje
y con sus letras bordadas,
de nuestro día de bodas
vengo a recordar la cama.

Eran los cabeceronos,
eran las vueltas de sábana...
eran bordadas por tí
las dos letras enlazadas.

Vengo a recordarte, triste,
al hallar la semejanza
de aquella cama de novios,
de aquella cama parada.

Otra cama para tí
estamos poniendo maja...
son de hierro los encajes
y son las letras doradas...

Otra cama para tí...
la cama donde descansas...
a los pies y al cabecero
cuatro cipreses la guardan...

Otra cama para tí,
de flores engalanada...
jes otra cama de novios
en donde muerta me aguardas!

En el andén

Ibamos a verte,
tú nos esperabas.
Animados íbamos
de que mejorases, de que te curaras
de tu mal... Teníamos
buenas esperanzas...
Conmigo venía
la nena casada
y también su esposo
nos acompañaba...
Eran fiestas grandes,
eran fiestas mayas...
El tren era alegre,
los viajeros eran, en su mayoría
gente alborozada...

A la populosa
ciudad, hecha un ascua
de iluminaciones,
toda embanderada,
tú habrías venido
desde aquellas playas,
y con la otra nena
estarías, de fijo, esperándonos
cuando el tren llegara...
Ibamos contentos;
«La mamá en la estación—nos decíamos—
con la nena, seguro, que aguarda».

Yo entonces de nuestra
vida y de otros viajes
cosas recordaba:
Cuando al pueblo a dar a luz fuiste;
cuando, a mi llegada,
con la nena en brazos
tú me esperabas,
y aquella alegría que resplandecía,
como el sol cuando sale, en tu cara...
Cuando de mis viajes
y de mis andanzas
de versos y libros
volvía a la casa,
y todas las glorias
eran poca cosa si, con la de veros
a tí y a mis hijas, yo las comparaba...

* * *

En unos y en otros
viajes yo pensaba,
en el tren de fiestas, que veloz hacía,
por momentos, menor la distancia...
Y, de todos aquellos mis viajes,
tenía mi alma,
un recuerdo feliz de alborozo:
en todos, al verte de nuevo, te hallaba
saludable, fuerte y siempre dispuesta
del vivir a seguir la jornada,
aun dura y penosa llevada con gusto,
siendo en mi compañal...
Y con esta impresión del recuerdo,
a tí me acercaba,
aguardando verte
también animada...

* * *

Llegó el tren, al cabo,
y nos esperabas...
Ni tan abatida ni tan triste nunca
te he visto en mi vida...
mi rostro, al besarte,
mojaron tus lágrimas...
Arrastrándote habías venido...
para viajes tu cuerpo no estaba...
¡y este fatigoso viaje de la vida
yo lo seguiría ya sin tu compañía!



De tanto... ¡nada!

Se dice de una Atlántida,
de razas y naciones de otra edad,
de civilizaciones, y de arte y de cultura...
¡y apenas si hay vestigios de tales cosas ya!...

Lo mismo que nosotros, imperios, maravillas
y el arte y la cultura se mueren y se van...
Arrasa el tiempo y echa su légamo de olvido,
sin dejar de las cosas ni rastro ni señal...

¡Tanto quererte y tanto!... ¡tanto llorarte y tanto
cantarte!... tanto y tanto como te he de cantar!...
De este cariño mío, de estas lágrimas mías
y de estos versos míos ¡qué quedará?!



La corona

Pasando estamos la tarde
tejiéndote una corona:
no la sabemos tejer
y espinas tienen las rosas
y nos punzamos los dedos
y hasta lágrimas nos brotan...

Bien merece las punzadas
lo hermoso de la corona...
También tienen su perfume,
si espinas tienen las rosas...
y lágrimas nos arrancan
más que estas espinas, ¡otras!...
Más que estas punzadas, duelen
las que sentimos más hondas!...



En el carricoche

En el carricoche
la nena me habla...
Se ha sentado en frente, en el sitio donde
tú te sentabas...

Una mujercita parece, y ya juicio
pone en sus palabras.
«Ayer estuvimos — me dice, contándome —
en aquella quinta cerca de la casa:
es grande y la tienen
muy bien arreglada...
¡Si vieras de espárragos! Y muchas verduras...
Se ve que trabajan...

Tengo entre las mías
sus manos delgadas,
y la escucho atento...
Así te escuchaba
yo también, y tenía tus manos
cuando tú me hablabas...
Donde va la nena
¡tú venías, entonces, sentada!...

Tengo entre las mías
sus manos delgadas...
«¡Esta criatura!... — pienso, como cuando
yo de esto te hablaba —

si cuando cambiase y tomase giro su naturaleza,
se desarrollara,
y ese colorcito de cera yo viese
que por otro de rosa cambiaba!...»

* * *

En el carricoche
la nena me habla...
Me sigue contando
cosas de la casa:
«Ayer ha comprado
tres gansos la chacha
y doce gallinas nuevas ya poniendo...
¡son hermosas y son bien baratas!»

Es en primavera,
tibia es la mañana;
en el carricoche cruzamos las huertas...
unos bueyes aran...
de verdores nuevos
se visten las ramas,
y de los cercados nos viene el perfume
de los paraísos y de las acacias...

La nena me dice:
«Le llevo a mi hermana
huevos frescos y un ramo de rosas
en una canasta,
y una puntillita que le estoy haciendo
para las ropitas del nene que nazca».

Tengo entre las mías
de la nena las manos delgadas...
Al cálido beso de la primavera
ábranse las flores, los pájaros cantan,
y pienso: «¡Si al cambio de naturaleza
se volviese rosa la azucena pálida!...»

Frío

Ha pasado un año desde que te fuiste...
te fuiste en invierno...
ha pasado un año...
los fríos han vuelto...

Fríos son los días
y solo me veo...
fría está la casa
y es frío el silencio...
¡fría está la cama desde que te fuiste,
lo mismo que el hielo!...

Ha pasado un año desde que te fuiste
y la primavera para mi no ha vuelto...
¡Desde que te fuiste,
el frío lo tengo
metido en el alma,
metido en los huesos!...



El tiempo y la muerte

Que haya alguna mujer que nos mire
 sin hallarnos viejos,
 pese a nuestras barbas blancas, y hasta encuentre
 como raro encanto los blancos cabellos,
 no es extraño
 llegar a creerlo...
 ¡Tan flaca es la carne!... ¡Tan flaco el espíritu!...
 ¡Tal frío sentimos cuando solos y tristes nos vemos!...
 ¡Niño es siempre el pobre corazón, que al verse
 solo y lastimero,
 busca los halagos
 como extraviado corderillo tierno!...

Tampoco es extraño que, sinceramente,
 haya quien me mire sin hallarme viejo,
 pues tú, no tan solo, dulce compañera,
 no me hallabas, siéndolo,
 sino que afirmabas
 que nunca lo era ni podría serlo...

Y a mi me pasaba lo propio contigo...
 ¡Extraño amor nuestro!
 Como el primer día
 te sigo queriendo...
 como si vivieras
 ¡y, mi bien, te has muerto!...

* * *

¡Qué poquita cosa lo más grande, a veces!...
 ¡Yerra lo infalible y acaba lo eterno!
 ¡Qué poquita cosa, para estos cariños,
 la Muerte y el Tiempo!

¡¿Nada ?!

Todo es nada — me digo. — ¿Pero cómo lo que ha sido podrá dejar de serlo?
¿A dónde va el perfume de las flores y a dónde va la luz de los luceros?
¿A dónde la sonrisa y a dónde los ensueños?...
¿A dónde este cariño: sonrisa que se pierde, luz de estrella lejana y perfume y ensueño?...
Si tú ya no eres nada ¿a quién yo le suspiro? y a quién, si no eres nada, ¿yo acaricio y deseo?
Si tú ya no eres nada, ¿a quién adoro y quiero?
¿Cómo puedes ser nada, vida mía, si más te vivo ahora que te has muerto?
¿Cómo puedes ser nada sí, como si te hubieses al morir, en mi alma y en mi cuerpo, derramado y fundido, me llenas corazón y pensamiento?



Y muerta... vive

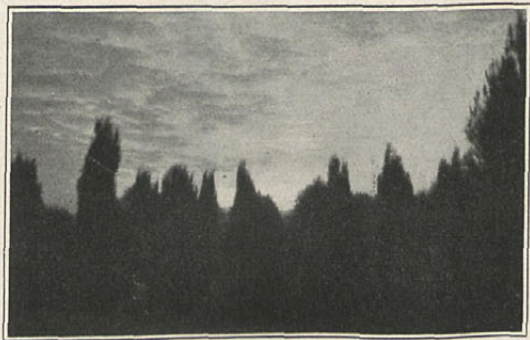
Encontré en la calle
aquella muchacha
tan buena,
tan cándida,
que sirviendo tuvimos
en casa...

— Y la señora — me dijo —
¿sigue tan guapa?
Y sin darme tiempo a que le dijera
yo nuestra desgracia,
inocente, siguió:

— ¡Qué señora!...
¡Pocas se le igualan!...
¡Qué bondad, qué sencilla, qué trato!
No la vi ni una vez con los aires
de señora y ama...
igual que si fuese mi madre
me consideraba...
A verla, prontito,
pasaré por casa...
Como estuve fuera
no he pasado antes, como deseaba...
Dele mis recuerdos
y cuídela mucho, que siga tan guapa;
bien se lo merece, que otra como ella,
señor, en el mundo, nunca va a encontrarla...

Y se fué, sin darme tiempo de decirle
que te habías muerto... ¡nuestra gran desgracia!

Y tú, muerta, vives...
Como no lo sabe la pobre muchacha,
¡para ella, tú estás en el mundo
tan buena y tan guapa!



La despedida

Tu ropica dominguera
te vistieron de mortaja,
y tu mantilla española
te pusieron por más gala.

¿A dónde te ibas de fiesta?
¿A dónde te ibas tan maja?
¡Sonreírte parecías
y tan rebonica estabas!...

¡La blonda de la mantilla
qué bien le hacía a tu cara!...
fué tu mantilla de bodas...
¡ay lo que me recordaba!...

A despedirnos de ti
entramos donde te hallabas:
las nenas iban conmigo...
¡pedazos de tus entrañas!...

A despedirnos entramos...
las nenas me acompañaban...
para tí con tu mantilla
fueron las dulces palabras...



¡Ay cuando los ojos miran
lo que adoran y se acaba!...

ÓLEO DE MEDINA VERA.



A despedirnos entramos...
¡nunca los ojos te hallaran
con una paz tan hermosa
y tan rebonica y maja!

Nos parecías más joven,
nos parecías más blanca...
¡nos parecía que a gusto
dormías y descansabas!...

¡Qué ilusión! Feliz y hermosa
a nuestros ojos estabas...
¡qué ilusión!... y estabas muerta
¡y ya, mi bien, no eras nada!...

¡Ay cuando los ojos miran
lo que adoran y se acaba!...
¡saber que no volverían
a verte nuestras miradas!

Nunca tan feliz y hermosa
nuestros ojos te encontraran...
¡y es que por última vez
nuestros ojos te miraban!



La flor de la tápena

Dura la flor de la tápena
un día de sol a sol,
y una gotita de miel
suele haber en cada flor.

Y, lo mismo que en la tápena,
nuestra vida viene a ser:
una flor que dura un día
y una gotita de miel.

Como en la flor de la tápena,
también he venido a dar
que, lo mismo que la vida,
es nuestra felicidad.

También la flor de la tápena
tú, prenda, has sido en mi vida:
una gotita de miel
y una flor que dura un día.

En una flor de la tápena
hallé la felicidad:
¡una gotita de miel
dentro del cáliz está!...



La visita

Al rinconcito en donde tu dulce sueño duermes,
a verte hemos venido, Josefa...
¿Nos ves? ¿Nos sientes? ¿Sabes quiénes hemos venido?
Muy cerquita me tienes con las nenas...

¿Nos ves? Sonríenos y no te aflijas...
porque pienso con pena
la que será tu angustia, si es que nos ves llorando
¡y quieres sollozar bajo la tierra!



La verjita

Hay tumbas olvidadas, tumbas abandonadas
y tumbas visitadas y queridas...

Las hay con las señales del dolor y el cariño
recientes todavía...

las hay con las señales borradas, arrancadas,
rotas y enmohecidas...

Tu sepultura está llena de flores

y aún se nota la tierra removida...

las flores están frescas... ¡no están lejos

ni el dolor ni las manos que las cuidan!...

Pero el tiempo!... estas flores las barrerá... los már

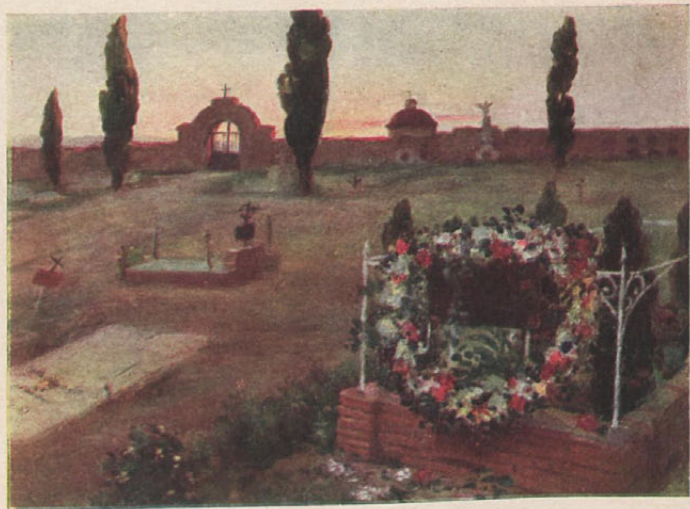
[moles

se romperán y en ellos se borrarán tus cifras...

¡y herrumbrados, torcidos y arrancados,

los hierros se verán de la verjita!





Hay tumbas olvidadas...

ÓLEO DE MEDINA VERA.



Viajero

¿Será, el vivir, lo menos, como dicen?
un breve tránsito?
¿Un pasar por la vida
momentáneo?...

¿Qué ha sido nuestra vida?
¡Nada! Un instante;
Un reír pocas veces,
una constante y larga
lamentación...

Y en los felices, porque así los llamamos,
¿qué es la existencia?
Una conformidad, una paciencia,
una resignación
y una ideal aspiración extrema:
poder criar los hijos,
morir cristianamente...
¡poquita cosa!

¿Será la muerte el todo?
¿Lo grande? ¿Lo sublime?
¿Dónde está el todo
y dónde está la nada?
¿Si a tí, que te lloramos,
envidiarte debiéramos?
¿Estarás en el mundo de lo eterno?
¿del principal objeto de las cosas?

¿del suspirado fin
perfecto e infinito?
¿de lo bello, infalible, irreprochable?

* * *

¡Si pudieras, bien mío,
tú que estás ya en la Muerte,
revelarme el secreto!...
Yo impaciente, en la triste
estación de la Vida,
de tránsito en el viaje misterioso
a lo desconocido,
soy viajero que espero.



Ausente

Iba, maquinalmente,
a decirle a la nena el otro día:
«A la mamá tenemos que escribirle»,
como si todavía te encontrases ausente
allá en aquellas playas a donde habías ido
buscando la salud... Y es que persiste
en mí la sensación consoladora,
no de que has muerto,
sinó de nosotros te hallas ausente...



LA CASA SOLITARIA Y SILENCIOSA...



Las

PLANTAS
DEL JARDIN
DARECEN TRISTES



Las
CASAS
COSE
OTRA
VEZ
ROPITAS.

¿Y qué es sinó una ausencia, ésta la tuya
puesto que vives más y más amada
en un dulce recuerdo a todas horas?
Ausente estás... Quitando
lo largo de esta ausencia,
otra ausencia cualquiera igual sería...
Aquellas playas
a donde a descansar has ido ahora
se hallan muy lejos...
Pero te escribiré y te escribiremos,
para que estés contenta,
todos los días igualico que antes,
contándote cosicas de la casa.

Las nenas están bien: ya la casada
cose otra vez ropitas para un nuevo
futuro nietecillo... y, seriamente,
prende en finos bordados y festones,
con suspiros de tierna madrecita,
las penas y alegrías del mañana...
En cambio la pequeña
todo lo toma a juego
y de correr como cabrica suelta,
todo el día triscando,
se duerme por la noche
rendida en una silla...
Y yo las miro así... y, temeroso
del porvenir obscuro,
quisiera que la vida
en este punto y hora se parase
y verlas siempre así: la una bordando
ternuras, encantada...
y la otra, inocente,
tomándolo en la vida todo a juego...





LA
CASA
SOLITARIA.



De la casa quisiera contarte algunas cosas...
 Las plantas del jardín están a veces
 mustias... parecen tristes,
 faltas de tu cuidado cariñoso...

Los polluelos invaden
 la casa solitaria y silenciosa



y atruénanla píando... Los mimaste
 de tal modo en el halda,
 que la llueca no logra cobijarlos...
 Pían, pían errantes
 echándote de menos...
 buscando tus migajas
 y tu seno, más suave que las plumas,
 en donde los metías ateridos...

Cuidamos los canarios
 como recomendaste:
 el que perdió un ojito
 canta mejor que todos...
 ¡quizás de pena!



Volvemos

Volvemos... tú renaces... Los rosales y nardos
plantados donde estás, tu jugo absorben
y, hecha flor y perfume, tú renaces
más bella y joven...

Amada jardinera, ¡qué florido está el huerto
de tu santo retiro!... ¡Bien se conoce
que en los fragantes nardos y en el rosal frondoso
toda tu vida pones!...

Amada jardinera,
hada flor y perfume que en el jardín te escondes,
te siento y no te veo...
te busco, y te confundo entre las flores...
¿De qué divina flor la corola es tu boca?...
¿Cuáles son de tus brazos los amorosos brotes?...

Volvemos... todo vuelve... ¿Vuelven, mi dulce
[amiga,
también las ilusiones?
Vuelvo a ver, de tu cara de novia ruborosa,
en la encendida rosa tus colores...
Tengo en mis manos, y su aroma aspiro,
un blanco nardo de esos en que tu vida pones...
¿es, su carne, tu carne tersa y blanca?
¿es, su aroma, tu aliento que a mis besos responde?



...hecha flor y perfume, tú renaces
más bella y joven...

ÓLEO DE MEDINA VERA.



© Ayuntamiento de Murcia

Amada jardinera,
divinos, ideales, vuelven nuestros amores...
En tu jardín callado, igual que en otro tiempo,
fiel me esperas lo mismo de día que de noche...
Es mi amor ilusión y el tuyo aroma...
Nuestras almas en puro idilio se recogen...

Volvemos... Todo vuelve... ¡Oh, nuestras amorosas
finas y delicadas atenciones!...
¡Flores, amada mía, yo te traigo
y te desvives tú dándome flores!



Ahora que no te tengo

De lo que me falta a mí,
a darme cuenta comienzo...
de lo que me falta a mí
¡ahora que no te tengo!...

Lo que para mí valías,
hoy, triste, es cuando lo aprecio...
¡y es más triste el apreciarte
ahora que no te tengo!...

Más, cuanto más desgraciado,
más, cuanto más pobre y viejo...
¡quién me querrá así, cual tú,
ahora que no te tengo!

¡Quién atenderá en la mesa
mi cuido y lo que prefiero,
dándome cariño en dulce,
ahora que no te tengo!

¡Quién pondrá, al cuidar mi ropa,
aquel cariñoso celo!...
¡ay mi pobre ropa blanca,
ahora que no te tengo!

Cuando la razón me falte,
para calmar mi mal genio
¡quién me dará la razón,
ahora que no te tengo!

En mis males y miserias,
¡quién venerará mi cuerpo,
como santa, como mártir,
ahora que no te tengo!



Las noches desapacibles,
esperando mi regreso,
¡quién velará en la ventana
ahora que no te tengo!

¡Y quién, en las noches frías,
a mi lado, junto al fuego,

se arrimará dulcemente,
ahora que no te tengo!

.....

Y cuando triste me muera,
ahora que no te tengo,
¿quién me cerrará los ojos
y amortajará mi cuerpo?!

* * *

¿Para quién planto un rosal,
para qué quiero ser bueno,
para qué quiero la gloria,
ahora que no te tengo?

¿Para quién hago este ramo,
para quién hago este verso,
para quién son mis suspiros,
ahora que no te tengo?

¿Para quién, hasta mis labios,
del corazón llega un beso
y a quién le lloran mis ojos
ahora que no te tengo?

Versos y ramo y rosal,
lágrimas, suspiros, besos,
¡para ti son más que nunca,
ahora que no te tengo!



Velándote

Quise recogimiento
y quise santuario...
Con algazaras frívolas y chácharas
la solemne quietud no profanaron,
y la casa fué templo y tu cuarto capilla
y fué santa reliquia tu cuerpo venerado...

No quise velatorio...
Lo mismo que en la iglesia en Viernes Santo,
las voces fueron quedas
a tu lado
y fueron de puntillas
silenciosos los pasos...

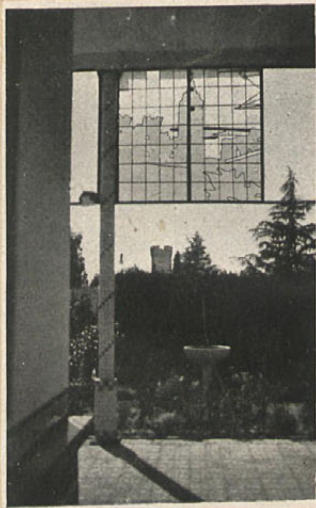
No quise velatorio... Nuestros ayes y lágrimas
ni con vino ni risas se mezclaron...
y para estar a solas, más a solas contigo,
más pronto te llevaron...

Más pronto te llevaron...
Pronto nos recogimos,
pronto nos acostamos...
pero toda la noche
te velamos...

¡Velamos!...
¡Quién dormiría!... En la callada noche
y en su luto de sombras, te llorábamos...



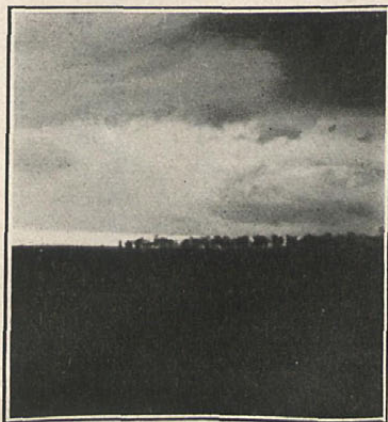
Quise recogimiento
y quise santuario...



¡Quién dormiría en nuestra pobre casa!...
¡Quién no te velaría! Se escucharon
toda la triste noche,
en los oscuros cuartos,
los ayes, los suspiros,
el llanto...

* * *

Ha un año que te has muerto...
Tengo sobre mi cama tu retrato...
Te veo, al acostarme, aun de cuerpo presente
¡y aún te sigo velando!



Las oraciones

Como una letanía,
 como un rosario,
 como las oraciones,
 siento piadosamente murmurar a mi lado:

«¡Qué buena era!... todos la querían...
 Como cosa propia todos la lloramos»...
 «Bendiciones solo
 detrás ha dejado»...

«¡Qué generosa!...
 abierta para todos su mano...»
 «¡Qué caritativa!...
 sus brazos,
 de las criaturitas desvalidas,
 amparo...»
 «Que Dios también a ella
 la haya amparado...»

«¡Qué mártir!... ¡qué sufrida!...
 ¡Qué encanto,
 de dulce y de sencillo,
 su trato!...
 ¡Qué prudente y callada!...
 sus labios,
 a todo resignada,
 sellados!...»
 «¡Era una santa!...
 ¡No estaba en este mundo su reinado!»

«Su palabra era luz y era consuelo...
guía en la noche de los descarriados
y blanda y amorosa
con los malos...
Su palabra era miel... miel para todos...
¡para los tristes, bálsamo!...»
«De virtudes
dechado,
era, si ángeles hay en esta vida,
uno de tantos...»

«Ya está en la gloria.»

«¡Amén!»

«La merecía.»

«Dios la tenga en el Cielo a su lado.»



El día florido

(Canción)

Una mañanita
de un día florido,
una mañanita
te hallé en mi camino...
Me prendó tu cara,
me prendó tu cara,
más que por lo bella,
por lo que tenía de buena, bien mío,
y como se sigue la luz de un lucero,
la luz de tus ojos siguieron los míos...

Una mañanita
de un día florido,
una mañanita
a la iglesia, mi bien, fuí contigo...
Ibas encarnada igual que una rosa
y, tocando a bodas,
la campana sonaba a domingo...

Una mañanita
de un día florido,
de mi lado, mi bien, te ausentaste
y ya no te he visto...
¿a dónde te has ido?
¡Mi bien, ya no ha vuelto
la campana a sonar a domingo!



Una mañanita
de un día florido...

ÓLEO DE MEDINA VERA.



En la noche negra del dolor, a voces,
te llamo perdido...
en la noche negra del dolor te busco,
en la noche negra del dolor te sigo.
Voy sobre tus pasos...
Juntos en la vida, mi bien, hemos ido...
¡juntos en la muerte,
que iremos confío!...

Una mañanita
de un día florido,
una mañanita
te hallé en mi camino...
Volveré a encontrarte y una mañanita
de un día florido
en el mismo lecho
me echaré contigo...
No toquen a muerto, cuando estemos juntos...
¡que toquen a bodas!
¡suene la campana, de nuevo, a domingo!



Recidiva

Como su mal, mi dolor
vuelve a ensañarse en mi vida...
Cirujano, el bisturí
tuyo es la filosofía...
Corta, corta, cirujano,
que viene la recidiva...
¡Corta, que el cáncer en mí,
como en ella,
pavoroso resucita!





*Rincones
y
recuerdos...*



1.º de Noviembre

¡Cuántos hay que en la vida pasan por nuestro lado
y ha tiempo que murieron ya entre los hombres...
y cuántos que, aunque se hallen ya en la tumba,
vivos están en nuestros corazones!

1.º de Noviembre: los visitados muertos
tendrán satisfacciones...

1.º de Noviembre: los olvidados muertos
suspirarán... ¡ya nadie se acuerda de ellos!... ¡pobres!...

1.º de Noviembre de los húmedos ojos y los trémulos
de piadosas ofrendas y fervores... [labios...

¡Afortunados muertos los muertos siempre amados
que gozan de las vivas devociones!...

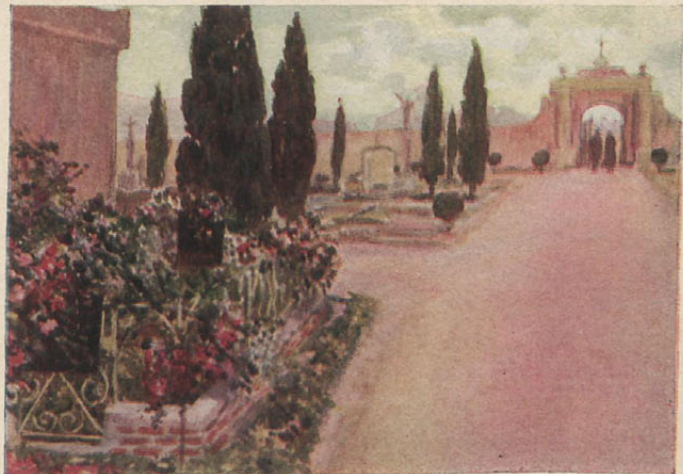
¡Dichosos los que mueren,
si hay quien por ellos lllore!...

¡Dichosos los que mueren,
si hay quien les lleve flores!...

¡Dichosos los que mueren,
si han de quedarse vivos en nuestros corazones!...

Como envidia he sentido de esos muertos
a quienes llevan flores...

Enterradme en la tierra cuando muera...
¡no me enterréis en vuestros corazones!



¡Dichosos los que mueren,
si han de quedarse vivos en nuestros corazones!...



Santo designio

Yo no he visto lo que eras
para mí, hasta el momento
en que sin tí me he visto...

¿Con quién haré mis cuentas?
¿A quién he de contarle yo mis cosas?
¿En dónde yo pondré mi confianza?

Tu falta no se cubre...
tu hueco no se llena...
Lo adentro que tú estabas de mí mismo,
lo que eras en mi vida,
me lo dice el echarte
de menos, compañera...

Este dejo de tí y este recuerdo
me llenan de tal modo
casa, jardín y espíritu,
que es para mí tu ausencia vida y mundo...

¡Lo que eras para mí no lo he sabido!...
¿Si esto es la ausencia,
qué ha sido tu presencia?
¡qué es lo que yo he perdido!

* * *



El poeta y la compañera con su hija
Aurora, al año y medio de casados.

¿Qué es lo que yo he perdido? Si eras tanto
para mí, dulce amiga...
si eras tanto, rendida a mi cariño
y asustadiza y débil
del vivir en la senda tortüosa...
para tí, que en mi brazo
tenías que apoyarte...
para tí, que a mi pecho
tenías que acogerte...
para tí, yo tu guía,
yo tu sombra y tu escudo,
¿cuánto sería?

¡Cuánto sería
yo tu sombra y tu escudo,
para tí, esposa mía!...
Pese a todas mis faltas
y a mis flaquezas todas,
para tí, esposa mía,
yo sé lo que era...
Y es ahora también cuando a saberlo
he venido, mi bien... ¡cuando lo mismo
que, cristalina y pura,
el agua de una fuente,
como en tí ya no para su corriente,
se derrama en la tierra mi ternura!...

* * *

Y pienso: Dios del Cielo,
acato tu infalible
santo designio
de llevarla a tu lado
antes que a mí; bendigo
tu piedad, tu amoroso
celo con ella...

¿Qué sería
de ella, sin mí, Dios mío,
asustadiza y débil,
del vivir en la senda tortüosa?
¡En cruz, mi Cristo-Amor, quiero llorarte,
mejor que yo morir y aquí dejarte
en soledad y calvario, Mater Dolorosa!



*Dibujo de Pelló.*

El castillo encantado

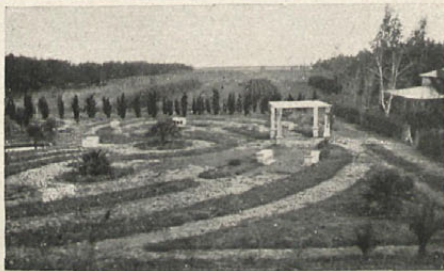
Se ha quedado lo mismo que un castillo
silencioso la casa...
todo vacío, todo solitario...
¡y todo mudo, que de tí nos habla!...

Es la casa más grande
desde que en ella faltas,
y se siente un vacío dentro de ella
que parece que nunca se llenará con nada...

El eco y el misterio
de las piezas cerradas...
el resonar a hueco
de la sorda pisada...
aquel recogimiento de capilla
del cuarto tuyo en donde está tu cama...

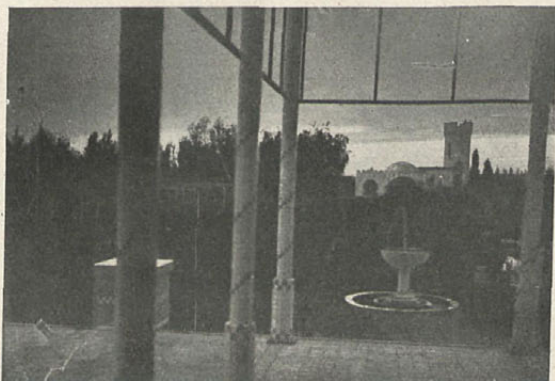


*El baño
de la Reina Mora
y el rozedal.*



En donde está tu cama igual que la dejaste:
 sus columnas doradas...
 y los finos encajes
 de la cubierta blanca...

Es tu cuarto, capilla...
 y es tu lecho, reliquia venerada...
 En tu cuarto vacío



El Jardín.

y tan puesta de gala,
 la de Cristo yacente
 me recuerda tu cama...
 A manera de un culto
 hemos puesto en la casa.
 Fué tu última ilusión... Ausente de ella,
 por ella suspirabas...
 Enferma, triste,
 repetías: «¡Mi casa!...»



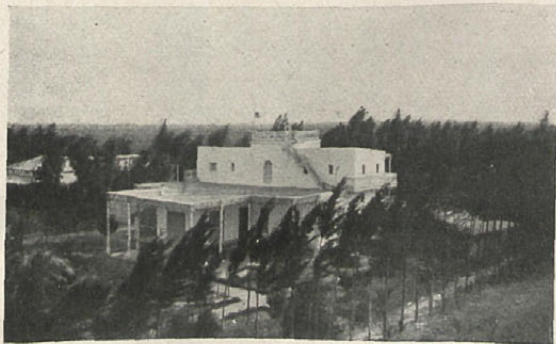
La Casa.

Dibujo de Pelló.

«¡Cuándo, Dios mío, me veré en mi casa!...»
¡Y volviste a tu casa!...
¡y volviste a morirte a tu casa!...

Es la casa un sagrario y para venerarte
se congregan en ella nuestras almas...
En ella nos reunimos
los que tú más amabas
y te mentamos dulcemente como
si tú nos sonrieras y escucharas,
y lo mismo que rezos
te hacemos alabanzas...

¡Oh, tu hogar consagrado!...
¡oh, tu templo!... ¡tu casa!...
La hemos pintado toda
tal como una paloma de blanca...
Arreglamos las cosas
como a tí te gustaban:
en los patios lavados,



La Casa.



*La Torre
y las
Fuentes*





Patio interior.

Dibujo de Pello.

cuidaditas y frescas las plantas...
y sentimos como
si tú nos miraras,
y cual si estuviese
más contenta con ello tú alma...



*Las
alamedas*



Tü alma que debe,
bien mío, si hay almas,
entre estas paredes
agitar sus alas
y estar con nosotros en esta blancura
y en este reposo que de tí nos habla...
¡Tranquilo reposo!... ¡bendito reposo!...
¡Ay, paredes blancas!...
¡Ay, blancuras mías al volver de noche!...
¡faro de mi casa!...
faro del tranquilo puerto de mi vida
¡tu casa!... ¡mi casa!...
¡que un castillo encantado parece
de noche, tan blanca!...

Castillo encantado
parece la casa,
tan vacía sin tí, dulce prenda,
¡y tan llena de tí, prenda amada!...



Barraca en la quinta.

Dibujo de Pelló.



El Castillo.

Dibujo de Pelló.



Castillo encantado
 parece la casa
 las noches de luna...
 en la noche serena y callada...

Castillo encantado
 parece la casa...
 tu recuerdo en ella está en todas partes
 y como una sombra se desliza y pasa...
 ¡Está en todas partes,
 porque de este castillo encantado
 eres tú el alma!...

Eres tú el alma
 del castillo encantado, bien mío,
 y eres el hada...
 y cuando a la noche
 al castillo encantado yo vuelvo,
 ¡sueño que me aguardas!...

¡Carne mía!

Antes, penar... y ahora,
penar con el recuerdo... ¡qué presentes
algunas cosas quedan!...

Ibas en el carrito de la clínica
camino de la sala
de operaciones...
¡Tú que temías a los médicos tanto!...
Los lobos carniceros
como tú les llamabas...
Ibas muy pálida, ibas temblando,
ibas llorosa...
¡Nos despedimos como
para no vernos más!... Ibas temblando,
pero estabas resuelta:
el mal era terrible
y era el remedio extremo
aquella operación... ¡La vida esta,
vana como liviana mujer, incomprensible,
cruel en sus desvíos, y concederle tanto!...
¡Por librar esta vida,
que es tormento y absurdo,
ibas a la tortural!...

Solos pasamos
de la noche anterior las horas tristes

en la clínica aquella...
Salimos de la casa, quedándose las nenas
en la desolación... ¡Ay, cuántas veces
te hemos llorado, viva,
ya como muerta!
Aquella noche, solos, tú y yo solos,
con la duda, el temor y la esperanza
en el día siguiente,
fueron, las horas, lentas,
de angustia, de silencio, de mortal agonía...
Y llegó la mañana y llegaron los médicos,
y en el carrito echada te llevaron...

Yo te he visto en la mesa
de operaciones:
tu cuerpo como el mármol, blanco y frío,
tajado, ensangrentado,
y cercenado el adorado seno...
¡mártir mía!...
Del cloroformo en el letargo, fueron,
delirantes, voz pura de tu espíritu,
tus palabras las más dulces y tiernas:
«¡Vicente, mis hijas!... ¡Vicente, mis hijas!... repetías.
Palabras que manaron de tus labios, fluyendo
hilo a hilo también como la sangre
de tu pecho amantísimo...

Del trance aquel saliste
¡pero cuánto has sufrido hasta morir! Vivías
a fuerza de morfina que, piadosa,
te anticipaba el sueño ¡el sueño de la muerte!
Yo mismo te ponía las inyecciones...
Sintiendo la punzada mi corazón, temblando,
en tu adorada carne de martirio,
¡pobre carne!
yo clavaba la aguja...

Tú contenías un quejido leve
y el dolor aguantabas resignada, diciendo:
«Todo sea por Dios».

¡Bendita carne!
¡Carne adorada! ¡carne quemada! ¡carne lacerada!
¡Carne besada! ¡carne acariciada!
¡ay, carne mía!



El automóvil

Pero ¡cómo! tú que eras tan humilde...
tú que eras tan sencilla...
tú la que, al ver pasar los automóviles,
con tu gracia aldeana me decías:
«¡Montar yo en esos diablos!...
¡que Dios no lo permita!»
Y luego — ¡ya ves tú! ¡cómo lo tengo
de presente! — con algo de rubor me decías:
«Tan solo en automóvil voy a gusto...
y cuando se reclina
mi cuerpo en esos blandos almohadones,
todo el mal se me quita»...

Era tu pobre cuerpo descuartizado y débil
que demandaba un lecho de blandura infinita...
y por la populosa
ciudad a donde íbas
buscando la salud, el automóvil
llevándote corría
ráudo, fugaz y muellemente,
haciéndote la ofrenda postrera de la vida...

Ansias de vida y de ponerte buena,
como nunca tenías,
y en los blandos piadosos almohadones
del automóvil, dulcemente hundida,
bien pudiera ser cierto
que tu mal no sentías,

pero en tu mal pensabas, mal traicionero y grave,
y en él reinabas con la idea fija...
¡Bien claro en tu semblante
una mortal tristeza lo decía!

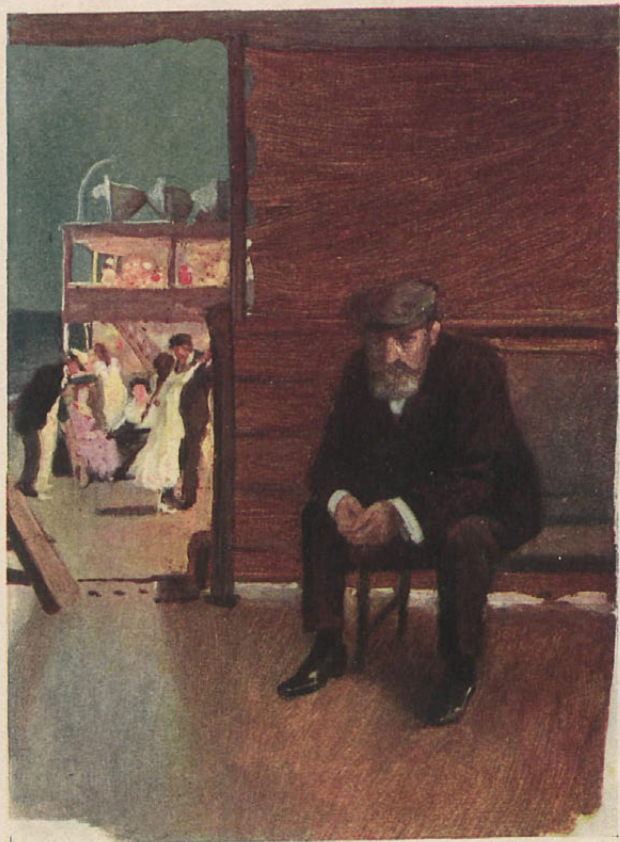
Y en tu penar, con más ansias que nunca,
de vivir y estar buena, yo te veía
¡hasta el punto que tú, mi bien, la honesta,
la aldeana sencilla,
ya, solamente a gusto
en automóvil ibas!...

Y, con un adiós triste a la ciudad alegre
rebotante de vida,
en aquel automóvil,
lo largo de tu viaje presintiendo tú misma,
¡en la molición de morir a gusto,
melancólicamente sonreías!...

* * *

¡Qué presente lo tengo! Porque fueras a gusto,
yo me hubiese jugado la libertad y la vida...
¡y si tú me vivieras,
automóvil tendrías!





¡y yo me veía solol...

ÓLEO DE MEDINA VERA.



© Ayuntamiento de Murcia

Y yo me veía solo

Por las ciudades extrañas
ibas de un médico a otro...
te acompañaba la nena,
y yo me veía solo...

Desperdigadas vosotras,
mal apañados nosotros...
vosotras sin mi compañía,
y yo me veía solo...

Os dejé en aquellas playas
tan alegres, para otros...
Tanta gente en aquel viaje,
y yo me veía solo...

Alegres con su compañía
ya regresaban los otros:
ellos volvían contentos,
y yo me veía solo...

Yo pensaba en aquel viaje
tan alegre para otros:
la nena dormida a un lado
tú recostada en mi hombro...

La nena dormida a un lado,
tú recostada en mi hombro...
¡yo pensaba en aquel viaje
tan triste para nosotros!...

Se dejaban en las playas
ellos un puñado de oro...
no dejaban su alegría
ni su compañía tampoco...

Se dejaban en las playas
ellos un puñado de oro...
¡Qué me contaran a mí
que me lo dejaba todo!...

Yo los veía con ganas
de volver a casa, a todos...
Mi casa estaría triste
y yo me veía solo...

Por tarde que yo llegara,
me parecería pronto...
¡Mi casa tan sola!... ¡Nunca
yo me vería tan solo!



cuando entró la muerte,
en el fondo triste de la luz del alba
agitó la lechuza sus grandes
silenciosas alas...

II

La lechuza se pone en el cerco
todas la mañanas:
cuando cruzo el camino, en los míos
sus ojazos inmóviles clava...
y los ojos del pájaro lúgubre
de tí, dulce prenda, pienso que me hablan...

Y todas las noches, en aquel silencio
de la casa triste, cuando ya descansan
los demás y velo,
allá en los cipreses la lechuza canta...
Pienso entonces que acaso estás cerca...
¡tal vez amorosa rondando la casa!...



Sueño triste

En nuestro lecho estábamos
 felices y tranquilos...
 Con una mano tuya entre las mías
 yo me había dormido...
 Sin duda, desvelada, de pronto, me llamaste:
 yo lloraba aflijido...
 —¿Qué soñabas?—

— No sé...! —

Era muy triste

y no quise decírtelo:
 ¡Soñaba que te habías
 muerto, bien mío!...

* * *

Te has muerto y desvelado
 lloro aflijido...
 tu lugar en el lecho
 esta vacío...
 Acaso te hallas cerca y no te veo...
 todo es sueño quizás, y estás conmigo...
 ¿Por qué no me despiertas
 si es que sueño, bien mío?



El olvido es la muerte

¡Más lejos cada vez en ese viaje
del que no volverás!...
parece que te veo alejarte... ¡alejarte
cada vez más!...

Más lejos cada vez en ese viaje
del que no volverás!...
¿Cuando te siga yo en ese camino
te llegaré a alcanzar?

En ese misterioso país de los espíritus...
en esa noche caminando vas...
¡sola y sin mí!... ¡qué triste
sin mi compañía irás!...

Yo emprenderé ese viaje también, pero ¡Dios mío!
¿te volveré a encontrar?
¡parece que te alejas
cada vez más!...

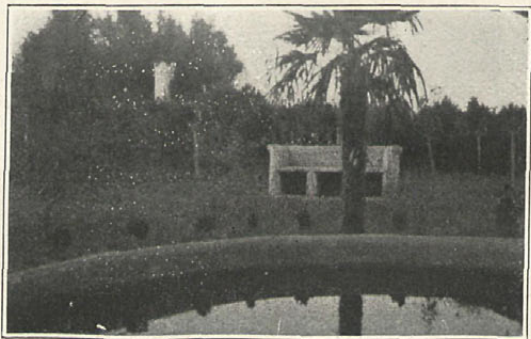
¿Pensarás en nosotros?
¡Si cada vez más lejos tú también nos verás!...
¿Si para tí y nosotros este «lejos»
el olvido será?

Más lejos cada vez... ¿si allá tan lejos
tu imagen a borrarse llegará
y ya no nos veremos, nunca, nunca?...
¿si ya no nos veremos, nunca más?!

Más lejos cada vez... ¿Será posible,
mi dulce y buena amiga, que te llegue a olvidar?
¡Qué miedo dá la muerte,
si es que todo con ella ha de acabar!

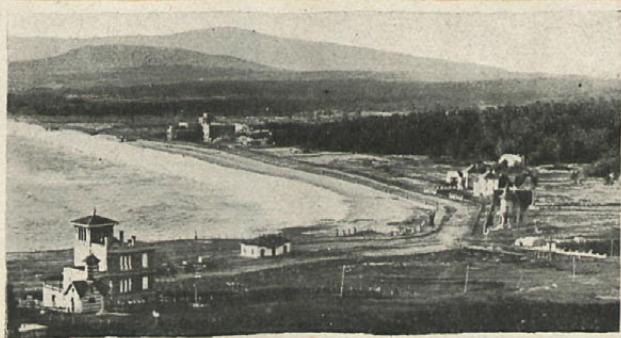
Más lejos cada vez... ¿Y este cariño
también se ha de acabar?
¿A este querer tan vivo
también lo han de enterrar?

No verte, no soñarte, no quererte...
¿no verte ni sentirte ya jamás?
Más lejos cada vez... ¡esa es la muerte!
¡La verdadera muerte es olvidar!





*.....te acompañaba la nena.....
...os dejé en aquellas playas.....*



Los alaridos

Como flor que se troncha,
 doblaste sobre el pecho la cabeza...
 yo te la alcé aterrado
 y en tu boca entreabierta
 ya no había respiro...
 ¡estabas muerta!
 ¡Josefa!
 ¡Josefa de mi vida!...
 ¡Josefa!...

Era el alba... Rendidos
 de largas y penosas noches en vela,
 en nuestra casa todos descansaban un poco
 y estremeció el reposo mi alarido de pena...
 ¡Josefa!...
 ¡Josefa!...
 ¡Josefa!...

¡Qué despertar tu hermana! ¡qué despertar mi madre!
 ¡qué despertar las nenas!...
 ¡Qué despertar de todos!
 ¡qué alaridos que hacían estremecer las peñas!...
 ¡Mamaíta!...
 ¡Mamaíta!...
 ¡Hermana mía!...
 y mi madre: ¡Cordera!...



...hicieron en la casa más silencio...

ÓLEO DE PELLÓ.



© Ayuntamiento de Murcia

Y todos: — ¡Mártir! — ¡Santa! — Bendita!
 — ¡Buena!
 — ¡Dulce! — ¡Graciosa!
 — ¡Reina!...

¡Qué gemir y qué voces
 en lágrimas deshechas!...
 ¡Qué clamor!... ¡parecía
 un alarido de la casa entera!
 ¡Qué alaridos aquellos,
 abalanzados a tu pobre cuerpo yo y las nenas,
 igual que si pudiéramos
 evitar que te fueras!...
 Y, exánime, de un lado para otro,
 como si te negaras a quedarte, se movió tu cabeza...
 — ¡Ay, mamáita, mamáita mía!...
 — ¡Mamáita!...
 — ¡Josefa!...

¡Josefa de mi vida!
 ¡Compañera!
 ¡Josefa de mi vida!
 ¡Josefa!...
 ¡Ay mis desgarradores alaridos!
 ¡Ay los tiernos quejidos de las nenas!
 Aun estabas caliente... En el supuesto
 de que aun nos oyeras,
 ¡qué morir, el morirte
 muriéndote de pena!

Y te arrancaron de los brazos nuestros,
 ¡acaso porque oirnos no pudieras!...
 — ¡Ay, mamáita mía!...
 — ¡Adiós, Josefa!
 — ¡Adiós, paloma!
 — ¡Adiós, cordera!...

¡Y de toda la casa, lo mismo que por bocas de dolor
[desgarradas,
los alaridos tristes salían por las puertas!...

Y cuando, hurtadamente,
para evitarnos la penosa escena,
en hombros para siempre te llevaron,
¡nos lo dijo el silencio que venía de fuera!...

¿Qué nos dijo el silencio, que sin consuelo, entonces,
nuestros amargos alaridos eran?

— ¡Josefa de mi vida!

— ¡Mamaíta!

— ¡Mamaíta mía!

— ¡Josefa!...

Y los desconsolados alaridos
salían de la casa como alaridos de ella...

¡Y, como para ahogar los alaridos en bocas
[desgarradas,
hicieron en la casa más silencio, cerrando las
[ventanas y las puertas!...





...y, como para ahogar los alaridos,
cerraron las ventanas y las puertas!...

ÓLEO DE PELLÓ.



Amigo

Sé que en mi pena conmigo estabas,
aunque a mi mismo lado no te vieran...
No eres de los que buscan
que los vean...
Eres de los que quieren
que los sientan...
Sé que estabas conmigo...
¡aunque no se te ha visto, estabas cerca!



Al caer la tarde

Se ha vuelto blanca azucena
la encarnada clavellina...
¡No hay tristeza como verte
llorar tu salud perdida!

Si la salud se comprara
y sin dineros me viera,
¡te compraría salud
con la sangre de mis venas!

Anda con Dios, alma mía,
con Dios y al cielo, si hay cielo,
que aquí nos dejas en guerra,
¡y éste sí que es el Infierno!

* * *

¡Quién no muere!... Yo sabía
que te habías de morir...
pero eras tan cosa mía,
¡que nunca me figuraba
que me vería sin tí!...

Te sigue mi pensamiento
y me hallo fuera de mí,
¡porque eras tan cosa mía
que no me encuentro sin tí!

* * *



Al caer la tarde...



Me persiguen las penas
con tal empeño
que aunque descanse de ellas,
no me lo creo...
Temblando sigo...
¡Temo que no nos dejes
en paz, Dios mío!

* * *

¡Al caer la tarde!...
A ella la enterraron
al caer la tarde...

Los pájaros cantan
cuando el día nace...
y también algunos
pajaritos hay
que su canto dejan
a la puesta de sol escucharse...
Trino melancólico cuando la primera
estrellita en el cielo ya sale...

Yo soy uno de esos
pajaritos que vuelan fugaces
y en el campo ya en sombras, se pierden...
En el seco espino mi vuelo se abate
y en el campo triste se escucha mi tierno
píar dolorido, al caer la tarde.



¡Allí está!

Románticos ya son nuestros amores,
amores de un continuo suspirar...
No ver a nuestra amada
y no poderla hablar
y saber que ella os ama
y que os esperará...

No lejos de nosotros, en un jardín callado,
nuestro cariño está...
y, desde el mirador de nuestra casa,
aquel jardín querido solemos contemplar...
Se destaca el jardín por sus cipreses...
desde allí nuestro amor nos vé quizás...
¡Cuántas veces, mirando los cipreses,
suspirando, decimos: «¡allí está!»





No lejos de nosotros, en un jardín callado.....



La lechuza

I

Cuando tú sufrías
la lechuza agorera cantaba...
como sombra medrosa en la noche,
sin ruido sus alas,
al claro de luna y entre los cipreses
se veía como revoloteaba...

* * *

Un algo inquietante
tiene el ave extraña...
son los grandes inmóviles ojos
de fría mirada...
es el canto lúgubre con su misterioso
siseo que anuncia que la muerte pasa...
es su cuerpo sin carne, esqueleto
vestido de plumas ligeras y blandas...
y son en la noche las sombras fugaces
de las grandes alas,
mudas, sigilosas,
del ave noctámbula...

* * *

Cuando tú sufrías,
la lechuza agorera cantaba...
cuando vino el sueño profundo y querías
dormir para siempre, ella siseaba...



*Cuando tú suspiras,
la lechuza agorera cantaba*



Soñando

He soñado contigo: estabas sana,
llena y de buen color, como una fruta
en plena madurez...
como una rosa abierta
en todo su esplendor, aún no marchita...

Era en la cama grande
donde dormía yo, en nuestra cama,
y estabas tú conmigo...
Por la ventana entraba el sol naciente,
y tus carnes rosadas remozaban
mi fuego juvenil... Tendí los brazos,
y te besé en un hombro...
el sol nos incendiaba...
Pero tú con sensata cordura te zafaste
tirándote del lecho y diciendo risueña:
— ¡Vamos! ¡quita!...
¡Si que estaría bueno!!...
ja nuestra edá estas cosas!... —

Y vistiéndote aprisa,
el sol da en tus cabellos
blancos como la nieve,
realzando tu frescura...
Yo mientras, desde el lecho,
te miro perezoso deleitándome,
y como un viejo pícaro sonrío...

* * *

¡Qué importa, prenda amada,
que en sueños haya sidol...
No fuera yo despierto más feliz que soñando,
y en mi camita estrecha el ensueño acaricio
de gozar a tu lado la ancha cama
en el suelo bendito...
¡de dormir a tu lado un amoroso
sueño eterno contigo!...



Aberración

En mi desgracia, ahora
recuerdo el cuento aquel de la gallina:

Cuentan que un nene bueno, de carácter muy dulce,
tuvo una gallinita
que él cuidaba y mimaba
y que era su pasión y su alegría...
¡Y que era su pasión!...
Pues, lo que son las cosas de la vida:
no solo, sin tomarle parecer, le mataron
su amada gallinita,
sino que en una fiesta, con gusto y regocijo,
se la comieron en su casa un día.

Se la comieron, sí, se la comieron.
Y por esta ley pícara
del vivir, sin saberlo, el mismo muchachito
comióse, relamiéndose una alita
y el propio corazón
de su titita.

Mas a los postres, luego,
entre las bromas de las hartas tripas,
y de saborear algo exquisito
con ganas todavía,
preguntaron al nene
si le había gustado la comida.
Respondióles el nene que sí, y ellos, riendo,
le dijeron: «¿No sabes? ¡Era tu gallinita!»

Tal nunca le dijeran.
 ¡Su gallinita muerta!... ¡No quería!
 Rompió a llorar clamando:
 «¡Quiero mi gallinita!»

— «Pero si la han guisado!»
 — «¡Tú mismo te has comido
 de ella el corazoncito y una alita!...»
 ¡Lo sabe bien el nene!
 Pero no se resigna
 aquel corazoncito compañero
 del otro corazón de su titita,
 y en dolorosa aberración solloza:
 «¡Quiero mi gallinita!»

Duermen en casa todos... Han acostado
 al nene con aquella dolorosa manía...
 Y en medio de la noche y en la callada casa
 se le siente despierto que suspira
 y que en su aberración llora y repite:
 «¡Quiero mi gallinita!»

* * *

Difícil acomodo
 del sentir al pensar ¡ay, prenda mía!
 También yo sé que tú ya te hallas muerta
 y que no te tendré más en la vida...
 Sin embargo, mi pobre corazón no razona
 y, en esta soledad, yo, con la misma
 amante y dolorosa aberración del nene,
 ¡quiero mi gallinita!



“¡Cómo te vas a criar!”

«¡Cómo te vas a criar!»
a la nena le decías...
«¡Cómo te vas a criar!...»
¿Es que tu fin presentías?

¡Qué tristes estas palabras
si por eso las decías!...
¡qué tristes por tí, por todos!...
¡qué tristes por nuestra hijital!...

«¡Cómo te vas a criar!...»
¡Antes de lo que temías
nos has dejado y sin madre
se ve la nena... ¡Alma mía!

¡Y cómo se le conocel!...
Busca mimos y caricias...
¡joven animal sin madre
que a cualquiera se amadrinal!...



En un pensamiento

En tranvía hemos pasado
la nena y yo por la plaza
en donde está el sanatorio
en que penando te hallabas...

La plaza con su jardín
en donde por las mañanas,
sintiéndote mejorcita,
algunos pasitos dabas...

Y te he visto, como cuando
aquellos pasitos dabas,
débil, sonriendo triste
con una dulce esperanza...

En el jardín hemos visto
el banco en que te sentabas...
¡estaba triste el jardín
y el banco vacío estaba!

* * *

Desde el tranvía mirábamos
la nena y yo aquella plaza,
¡los dos en un pensamiento
y sin decirnos palabra!



¿Por qué cruzastes las manos?

¿Fué por eso? Tú sabías
que, después de amortajarlos,
en nuestro pueblo a los muertos
se les cruzaban las manos...

Los hemos visto tú y yo
muchas veces, de muchachos:
aquellas manos cruzadas,
y en el ataúd echados...

Si era un nene, de las asas
el ataúlico llevábamos...
con una cintica azul
le sujetaban las manos...

Hay un cantar muy bonito
que viene a decir: «Te encargo
que, si me muero, me amarren
con tus cabellos mis manos».

La nena al dormirse, a veces,
solía cruzar las manos
y tú se las descruzabas,
de mirarla así, temblando...

Poquico antes de morirte
yo te tocaba las manos
y tú querías cruzarlas...
¡yo lo comprendí temblando!

Si tu fin te recelabas,
la pena quisiste ahorrarnos
y, como siempre, sufrida
no despegaste tus labios...

Te morías, dulce prenda,
sin querer manifestarlo...
¡yo fui tu novio y sabía
el lenguaje de tus manos!...

* * *

Aquella cintica azul
estarías recordando
y aquel cantar tan bonito,
¡cuando cruzaste las manos!



Felicidad

Es domingo y estamos juntos y en armonía.
De veniros al campo la costumbre se sigue
y los días de fiesta los pasamos
en reunión cariñosa y apacible.
Las cosas marchan bien, todo está en orden,
todos estamos buenos: más no puede pedirse...
Estamos satisfechos
dentro de lo posible:
hemos comido a gusto,
nuestra hija y su esposo se sonríen,
y la otra, la nena, parece que se espuma
y de color de rosa sus mejillas se tiñen.
Miro a la nena y me embeleso... rasgos
de tu cara en la suya se perciben...
Te hemos nombrado, y este
dulce y santo sosiego tu espíritu preside...
¡Qué hemos de pretender! En esta vida
nada más se concibe
que esto: amor y armonía... pan y salud y gusto...
¿qué más ventura existe?
Es todo, todo cuanto
soñar podemos para ser felices,
y lo tenemos... ¡todo menos a ti... Por eso
felices somos ¡pero estamos tristes!



¡Si tú volvieras!...

Si hubiese un telegrama
y en ese telegrama nos dijeras:
«Vuelvo para que estemos
juntos por siempre ya...» ¡Si tú volvieras!

Y si al tren a esperarte
fuéramos un domingo y cierto fuera
que venías... si viéramos tras de la ventanilla
tu rostro aparecer... ¡Si tú volvieras!...

Si yo llegara un día
a la casa y sintiera
tu voz en el jardín como otras veces
cuando llamabas: «¡Josefical... ¡nena!...»
¡qué salto me daría el corazón y cómo
yo a tu encuentro iba a ir!... ¡Si tú volvieras!

Si otra vez se llenara este vacío
que con nada se llena
y si ya no sintiéramos la soledad que solos
igual que acompañados no nos deja,
porque va con nosotros, porque su nido ha hecho
en nuestro corazón... ¡Si tú volvieras!...

No sé si he sido malo contigo, sin quererlo,
ni si habrás en silencio por mí sufrido penas;
pero sería para ti más bueno
si a tenerte volviera...

Otro me volvería
si tú me lo pidieras,
que lo que algunas cosas valían no sabemos
hasta vernos sin ellas...
Me volvería santo,
¡santo, solo por tí, si tú volvieras!

¡Qué agasajos te haríamos!...
¡qué regocijo en todos y qué fiesta!...
Por lo dulce que has sido con todos, por lo humilde,
por mártir y por buena,
¡como santa del cielo en andas te verías
llevar, si tú volvieras!



El palito de la vejez

Mi madre es muy viejecita y viuda... y, a falta del brazo del buen esposo, en donde apoyarse, anda afirmándose en un pobre palito...

Y mi madre me dice:

—Estás resfriado, cuídate. Cuídate, tú. Mira que ya no tienes aquel ángel bueno que reparaba si tosías, que te abrigaba de noche y que velaba tu sueño y tu vida...

Y he mirado a mi madre viejecita afirmándose en aquel pobre palito...



Dolor

Todo son desgracias, todo es dolor... y todo, sin embargo, tan natural. Lo que para nosotros es extraordinario y abrumador, es para los demás lo ordinario e insignificante... «¿Quién no ha de morir?» — dirán — «¿Y las muertes que traen la ruina y el desquiciamiento del hogar, los ancianos desamparados, los huérfanos hijitos con hambre tirados al arroyo? ¿Y las hecatombes monstruosas de la guerra? ¿Y estos barcos cargados de seres que duermen un sueño feliz y que de pronto se los traga el abismo?» ¡Oh, amigo mío, usted perdiendo a su madre, yo perdiendo a mi esposa, y tantos otros como nosotros, cuyo hogar sin embargo no se tambalea ni lo barre la desgracia dejándolo helado en la miseria y el hambre, somos algo afortunados todavía: padecemos un dolor bastante lírico y podemos llorar con un ojo...

Reconozcamos, sí, que somos afortunados, y compadezcamos a los verdaderamente desdichados que pierden seres queridos sin poder verlos morir, sin poder consolarlos, sin poder besarlos, sin poder recoger sus huesos, y más desdichados aún los que sobre su pena pasan hambre y frío y dolor ¡el verdadero gran dolor! en la carne atenaceada y torturada.



A dónde vamos todos

La vida es así.

El año pasado, por estos días, aun paseaba yo con mi dulce compañera por las calles de Montevideo engalanadas para el Carnaval... aún compramos un número de lotería... también nos detuvimos ante una casita frente al mar:

—A ver si nos toca la lotería y tú te pones buena...

—¡Qué más lotería! — ella me dijo.

—Vendríamos a vivir aquí, frente al mar, entre rosales.

—Dios te oiga.

Dios no quiso o no pudo oírme.

Vimos el Carnaval. Pasaban las máscaras, riendo, gritando, bailando, cantando, aturcidas, enloquecidas, yendo como vamos todos y a dónde vamos todos... ¡a la muerte!...

De aquellas máscaras, muchas no han vuelto a pasar este año porque ya llegaron a dónde iban... las demás siguen riendo, gritando, llevando el mismo camino... También llegarán.

Y por aquellos días yo estuve con Más y Pí en Buenos Aires y él me presentó en el Ateneo la noche de mi lectura de «Canciones de la guerra»... ¡Y aquel amigo bueno, aquel espíritu fino, pasaba por última vez entre la gran mascarada de la vida!...

Más y Pí se marchó a Europa; también iba con su dulce compañera, y ya regresaba... El viaje habría sido grato, volverían contentos, con recuerdos, con ilusiones...

Y la vida es así.

La nave que los conducía tomó rumbo a la eternidad.

Su viaje será más largo de lo que pensaban...

Febrero de 1916

La razón del sentimiento

Estos hombres tan razonables no suelen tener sinó razón; piensan con la cabeza tan solo, cuando debe pensarse con todo el cuerpo y con el alma toda.

Y mientras tu cabeza te decía que no, decíate tu corazón que sí.

UNAMUNO.

«Vida de Don Quijote y Sancho».
Fgs. 230 y 263.

Cuando algunas veces yo en buena lid, de una manera cordial y afectuosa, discutía con mi pobre mujer alguna cosa (algo íntimo, tiernos reproches, nada... pero sí todo para nosotros) yo solía producirle algo de aturdimiento haciéndola vacilar con mis argumentos y razones que, si bien eran leales, tenían no poco de lo vivido y leído en el pícaro mundo...

Entonces ella, firme en la razón de su sentimiento pero sin palabras para luchar, solía decirme:

— ¡Sí, sí!... No perderás por falta de palabras.

Y, en aquel punto, sucedía que algo en mí más razonable que toda palabra y razón, se declaraba vencido por aquellas suyas (ingenuas, puras y más hondas que las mías) razones sin palabras.



Su sonrisa

Si fuéramos músicos, recogeríamos en un poema musical las más delicadas notas de nuestro espíritu para arrullar con ellas de nuestra compañera el dulce sueño.

Suenen como dulce música a su oído los versos de otros amores llorados...

Ella sabía que éramos poetas y que había nuestro corazón amado más de una vez... Ella, que nos miraba con un dulce reproche por nuestro frágil sentimentalismo de poetas, quizás desde la región de los espíritus comprenda y vea bondadosamente nuestras flaquezas y nuestras inquietudes...

Al pensarlo así nosotros, todo nuestro amor, en una purísima nota de sentimiento, hoy es para ella... ¡y ella, seguramente, nos disculpa, sonriéndonos!...



Oración

La intolerancia religiosa castigó con la pena de la hoguera y las penas del infierno a los que ya venían a la vida penados de Dios mismo con la pena de no creer...

La intolerancia religiosa hoy todavía encendería, si pudiese, los divinos braseros para hacer decir entre retorcidas de suplicio, a los hombres que sufren ya de por sí el inacabable suplicio de la duda, el «Creo en Dios padre, todo poderoso, creador del cielo y de la tierra... Creo en Jesucristo, su único hijo...»

¡Pobres hijos de Dios los demás, naturales pero no reconocidos!...

¡Creer!... ¡creer!... ¿Pero quién tiene más ansia de creer que los que no creen?

¡Qué más pena que, en vida tan corta y pobre, no poder acariciar la consoladora esperanza de lo ultraterreno!...

Dios mío, si es cosa tuya, guíame, dime dónde, señor, he de encontrar esa fe salvadora, que estoy cierto de que con ella me salvaré... porque, Dios mío, esos hombres que tanto nos hablan de la fe, ni la conocen, ni se salvarán...

¡Qué más quisiera yo que creer con toda mi alma que tú, Compañera mía, me esperas en la otra vida y que me sonrías desde el Cielo!



Me ves desde la altura

El 29 es tu segundo aniversario y estaremos cerca de tí en aquel «Rinconcito de paz» donde todo se perdona y todo se purifica...

Allí, lo mismo que voy de vez en cuando, estaré ese día, como en un sagrario, venerando tu memoria y noble y sinceramente dándote cuenta de mi vida.

Y me verás padre, abuelo, jefe de familia, como buen pastor, atento a mi deber, y te sonreirás.

Y me verás hombre y poeta soñador y apasionado siempre, embriagado mi espíritu en amores e idealizaciones, y te sonreirás...

Porque desde donde tú estás se comprende todo...





EL POETA Y SU FAMILIA.

Los pendientes

Mi pobre mujer usaba unos pendientes que yo le había regalado. Eran sencillitos, pero a ella, tan humilde, le parecían de mucho precio porque tenían unos brillantitos...

Un día, al año y pico de su muerte, saqué una cajita de laca con algunas alhajitas, y, removiendo mis hijas aquellas chucherías, la mayor dijo:

— Los pendientes de la mamá.

— ¿Los llevaba cuando murió?

— No; se los quitó tres días antes de morir. Me dijo: «Toma los pendientes», y se los quitó ella misma y me los entregó...

— ¿Y por qué se los quitó?

— Presentía quizá, su próximo fin. Bien sabes, papá, lo cuidadosa que de todo era la mamá...

Se imaginó, tal vez, el triste momento: todos atribulados... ¡todo revuelto y en desorden!...



La esperanza

Estabas en tu sillón, débil pero animadita... y veinticuatro horas antes de morirte, aun escuchabas sonriendo unas canciones de niños que leía un amigo, llegando tú ¡oh, ilusión de la vida! a entonarlas con apagada voz... Te morías cantando...

Yo que sabía que te morías, te escuché enternecido y puse mi esperanza en tu canción: ¿Revivirías?...

«Me crió mi madre, me crió mi madre
«chiquitita y bonita
«ay, ay, ay,
«chiquitita y bonita...

La esperanza, que es lo más grande de la vida, la ponemos en lo más fugaz y leve: en una flor, en una sonrisa, en un suspiro, en una canción... ¡Y se perdió en mi vida tu infantil y dulce canción y mi más infantil y dulce esperanza!...



Mis amores

Quien conozca mis versos de hace veinte años, «Mi reina de la fiesta», «En la senda», «Cubierta de flores»... y ahora lea «La Compañera», y después lea otras cosas más, quizás exclame:

— Es mucho el amor de este poeta. ¿Será sincero? ¿Será verdad tanto amor?

Sí, es verdad un amor y otro amor y tanto amor... Y quien mire en el fondo de su corazón, verá que amó una y más veces y que siempre amamos...

Llaman la atención los amores de los poetas porque son idealizados en los libros... pero estoy seguro de que estos amores míos, como los de otros poetas, aunque sean grandes poetas y sean célebres amores, no han sido más sublimes que los de cualquier ignorado pobre hombre o mujer... ¡Quién no lleva en su corazón un poema!... No es lo sublime este o aquel amor... ¡sino el amor!... No tenemos un amor, ni dos o más amores... ¡sino que amamos o morimos!... Este amor o aquel amor, son siempre nuestro amor mismo... huellas leves o profundas de nuestro amor que a veces no tiene más cristalización y vida que la de una gota de rocío... y que otras veces cristaliza como un diamante para durar eternamente...

* * *

El amor es ilusión, el amor es sangre, el amor es roce... dulce costumbre...

En mi amor por «Mi reina de la fiesta» no hubo nunca deseo carnal... Nunca amé con tan puro desinterés... Mi frase era: «Ser feliz haciéndola feliz...» Y ella, en mi ausencia, se echó otro novio... y yo, queriéndola más que nunca, me eché otra novia... Y «Mi reina de la fiesta» se murió, ya casada con aquel novio, y su marido se casó enseguida con otra... Y a mí, cuando se murió, «Mi reina de la fiesta» me pareció que al morir volvía a serme fiel...

* * *

El amor de mi esposa ha sido más entrañable, más largo, más de la vida... Ha sido la verdadera Compañera... Nuestro cariño nació de dulce simpatía... Ella quedó mal con un novio, yo quedé mal con otra novia... Nos conocíamos y nos sentíamos mutuamente atraídos, desengañados de un amor, buscando otro amor... Otro amor, más de buenos compañeros que de amantes... Ni penas, ni amores contrariados, ni desalientos tristes, ni arrebatos pasionales, hubo en este amor... Sus huellas hondas han sido la dulce mirada de la buena esposa... su fiel compañía, en la lucha diaria... su melancolía profunda cuando apoyada en mí, íbamos buscando su salud, con el triste presentimiento de que estábamos ya camino de la muerte...

* * *

No es mucho amor... Hemos amado y amaremos toda la vida porque es la misión de todos los seres... porque la Creación entera no tiene otro fin que el amor... Dichosos los que amamos intensamente; porque, pareciendo todo lo contrario, la ventura no es la de ser amado, sino la de amar... ¡Dulce frase la de «Ser felices, haciendo feliz al objeto amado»!

* * *

No es mucho amor... En nuestra vida hay múltiples amores fugaces y, como en la floración divina del almendro, unos amores cuajaron en dulce fruto... otros duraron como flor persistente en dar su belleza y su aroma... y otros, los más, breves, como delicada flor de un día, se deshicieron en el aire, leves, blancos, puros, como una ilusión...



Contrición

Los que teneis una buena esposa, mujer de su casa, no sabeis lo que teneis... Quien la tenía y la ha perdido lo sabe... Nosotros antes tampoco lo sabíamos... Sentimos como un remordimiento de haber estado en tal ignorancia... Nos parece, tristes de nosotros, que si hubiésemos sabido lo que teníamos, nunca lo hubiésemos dejado ir...

* * *

El hueco de la buena esposa nadie lo llena... Si habeis perdido un brazo hallareis otro que lo sustituya, postizo, mecánico, útil si se quiere... Pero será un brazo aparente, no será vuestro brazo... ¿en dónde encontrareis ya vuestra mano derecha? Y la buena esposa es algo de nosotros mismos como un brazo... Es nuestra mano derecha...

* * *

Los afortunados que teneis una buena esposa habeis de estimarla reconociendo el inapreciable bien que teneis... ¡Ay de vosotros si es al perderlo cuando habeis de daros cuenta de que érais dueños de tanto bien y si ha de ser entonces el estimarlo y llorarlo...

* * *

El amor de la buena esposa requiere un delicado culto... Este culto da a los que lo tienen dulce paz y ventura... ¡Pobres de los que ven vacía aquella capillita de su amoroso culto y apagada para siempre aquella lucecita!...

* * *

Amareis a vuestra esposa en su abnegación y fidelidad y en sus cuidados maternos para con vosotros también, porque su amor sublimizado será maternal y será inmutable...

Y el amor maternal de vuestra esposa, en el ocaso de la vida será como un amor nuevo que rejuvenecerá vuestra vejez... Será una nueva y apacible aurora que iluminará vuestros postreros días...

Entonces dulcificaros y rejuveneceros para vuestra esposa, que en el ocaso de la vida volverá el idilio y, a vuestro halago, en esa hora crepuscular, aún se erguirá su busto con un movimiento juvenil, y sus cabellos blancos con una aureola de puesta de sol hermosearán su rostro...

* * *

¡Si reviviésemos y pudiésemos enmendar nuestra vida!... Esta experiencia educadora de la vida, este afinarse nuestra sensibilidad ¿han de ser para nada?

Si tú, mi dulce Compañera, me vivieses hoy y ya supiese yo lo que hoy sé, lo que he perdido, lo que eras tú para mí, ya verías para tí, buena esposa, lo que también yo era!...

En el postrer idilio, cuando me sonreías mimosa y delicada, cuando yo con tus manos entre las mías miraba tus ojos para adivinar tus deseos y realizarlos... te has ido para no volver... Y me he quedado con el ansia de haber sido para tí más bueno que nunca, de haberte adorado más que nunca,

de haber seguido tu voz como el niño la voz de la madre... Y me he quedado con el ansia de adivinar, para realizarlos con el alma y la vida, los deseos que apagó la muerte en tus amantes ojos para siempre cerrados...

* * *

Mi dulce Compañera, esta experiencia educadora de la vida, este afinarse nuestra sensibilidad, ¿han de ser para nada? Si ves mi corazón te sonreirás, porque estarás viendo cómo sería para tí si volvieras a este mundo, y si es cierto que las almas se encuentran, también verás como he de ser para tí cuando vuelva a encontrarte.



Más cerca de mí

Compañera mía, te has muerto y estás en mí más viva que nunca...

¿Qué es la muerte?

¿En dónde estás que te siento cerca como nunca te he sentido?

¿Cómo, si ya no estás, siento el temblor de sufrimiento de tu carne?...

¿Qué es la muerte?

¿Cómo, si te has ido, no se fué tu mirada, no se fueron tus lágrimas, no se fué tu sonrisa?

¿En dónde estás que te siento y te veo, Compañera mía?

¿Qué es la muerte?

* * *

Ayer en casa hablábamos de golpes, de caídas y, entre otras cosas que se refirieron, nuestra hija mayor se puso a contar de una vez que tú te caíste en la calle:

— ¡Así! de esa manera se dió un golpe terrible la mamá... Cayó de rodillas... se hizo mucho daño...

— ¿Pero cuándo? ¿Cómo fué, que yo no lo supe? (exclamé afectado).

— Hace muchos años... tú, papá, estabas fuera...

— ¡Y yo no lo supe!...

— Se hizo mucho daño la mamá... Se le saltaron

las lágrimas... Parece que la estoy viendo... Apenas pudo llegar a casa por su pié...

Y en ese momento, como si en el mismo instante acabases de caerte, yo he sentido tu caída y el golpe en mi corazón, he percibido el temblor de tu carne, he visto tus ojos llorosos, he acudido a levantarte ¡pobre Cristo mío! y te he llevado dolorida a casa, a donde apenas si has podido llegar por tu pié...

* * *

¿Qué es la muerte?

¿En dónde estás que te siento y te veo y que los temblores de tu carne llegan a mi corazón?



La razón y el sentimiento

Te has muerto: la razón me dice que de tí no queda nada; que, aceptando la teoría más consoladora, te has transformado y te has vuelto a fundir en la eterna materia madre de todo; que tal y como eras para nosotros y como te hemos querido, no volverás a ser, ni volveremos a verte; que ya no acudirás, suceda lo que suceda, ni a nuestros ayes ni a nuestras risas.

Esto me lo dice la razón, que cuando quiero creer a ciegas cerrando mis ojos a la luz, me los abre... y que cuando quiero soñar, me despierta...

* * *

Eso es la razón.

¿Pero qué es el sentimiento?

Porque ahora que te has muerto, vives más para mí... Vives de manera que ya no te morirás sino con la vida de los que te queremos...

Y te ha purificado la muerte de tal modo que ya eres realidad ideal, y tu belleza y tu bondad y tu encanto, son inmortales porque viven en la ilusión del sentimiento donde no llega el estrago ni la muerte...

Y has tomado en la muerte tanta vida y poder y te has elevado tanto, que te siento en todas partes, que me parece que me ves en todas partes y que

confío en que indulgente me sonrías en todo y en todas partes...

* * *

La razón me dice que no... Pero yo te veo viva, te siento, te beso en el aire y en la obscuridad de la noche, y sigo mi camino con el íntimo sentir de que voy a donde tú estás y de que al final de mi jornada he de encontrarte.



Los viejecitos

En mi paseo por las afueras de la ciudad provinciana, en la larga alameda, encontré varias veces aquellos dos viejecitos... Eran marido y mujer, muy viejecitos, rayaban en los setenta, su traje era pobre, pobrísimo... tanto el mantoncito de la mujer, de los de merino negro, y el traje del hombre, de lanilla, negro también, tiraban descoloridos a verde amarillo y eran un puro telarillo de rahidos y deshilachados... ¡Pobres gentes!... Sin embargo, los dos viejecitos iban de bracete y, pudiéndose sostener apenas el uno al otro, tenían un aspecto animado y hasta alegre... Llegaban a un banco, se sentaban al sol y roían unos pedacitos de pan duro... Solían charlar apaciblemente... la viejecita, con ese noble gesto de mujer buena que se remira en su esposo, miraba al viejecito sacudiéndole un poco de tierra del traje y apañándole el sombrero... ¡Pobre ropa tan mal parada ya y tan remirada!...

¡Oh, buena esposa!... ¡Oh, buena viejecita!...

El viejecito se sonreía... creo que alguna vez hasta le decía una gracia a su compañera...

Por la indumentaria, aunque ya tan tristemente maltrecha; por una noble conformidad que de ellos emanaba; por aquella armonía y mutua afabilidad; por aquel seguir su triste camino, juntos, del bracete, como fieles y no cansados amantes; por un no sé qué simpático que se desprendía de ellos, yo me imaginaba que aquellos viejecitos eran buenos y

cultos y generosos y que habrían ocupado una buena posición social, antes de verse así, pidiendo limosna!...

¡Pidiendo limosna!... ¡sí! Pero aquellos viejecitos no pedían a todos como esos pordioseros sórdidos y plañideros... Aquellos viejecitos, ya en la alameda fuera de la ciudad, no pedían... seguían su paseo dignamente, amarteladitos, como dos viejos amantes que van del bracete... Habrían recorrido unas calles de la ciudad, habrían recogido unos mendruguitos, algunos céntimos, lo suficiente para el día, y regresaban a su rincón, donde la viejecita tal vez todavía repasaba sus guñapitos como una mujer acomodada, mientras el viejecito calándose unas gafas leía un trozo de viejo diario, encontrado al azar...

Yo era entonces joven y fuerte y mi esposa joven y saludable... Y viendo aquellos viejecitos felices en su extrema pobreza, tuve la suprema aspiración de alcanzar con mi Compañera aquella edad avanzada de los viejecitos y de pasearnos como ellos por la larga alameda, sentándonos un ratito al sol y caminando juntos de bracete...

* * *

¡Dulce Compañera mía, tan pronto de mí separada por la muerte!... ¡Oh, aspiración suprema de aquellos días!... Qué feliz me considerara yo, si hoy pudiera llevarte del brazo por el mundo... ¡aunque fuese pidiendo limosna!



Leyendo mi breviario

Lo inanimado es lo inmortal.
Muere cuanto vive.

Si queremos immortalizar las cosas, hemos de pasarlas de nuestra vida a lo inanimado: al papel, a la tela, a la piedra, al bronce.

* * *

Producir es subsistir.

* * *

Recordar es vivir.

Quien no recordara nada de su vida, podría decir que nacía a cada momento.

Quien recuerda sólo partes de su vida, quedando en ella algunas lagunas de olvido, puede decir que ha vivido y resucitado varias veces.

Quien recuerda toda su vida sin interrupción, ha vivido y vive...

Porque, en la vida, el olvido es la muerte.

Recordar es vivir.

* * *

Si somos absolutamente sinceros nos podremos perjudicar... ¿pero y la noble satisfacción de ser íntegros?! ¿Y el bien que hacer podríamos a nuestros semejantes y el que ellos podrían hacernos si todos nos confesásemos públicamente de nuestras flaquezas, odios, envidias, vicios, aberraciones e inclinaciones inconfesables?



Camino de la verdad

Los poetas, los artistas todos, los soñadores, los idealistas, protestan de *lo práctico*.

Se desvirtúan los términos de tiempo en tiempo, y debemos reintegrarlos a su justa significación y virtud.

De *la política* que es una cosa noble, altruista, administración pura de los intereses generales, morales y materiales, se ha hecho una cosa completamente contraria y repulsiva.

Igual ha sucedido con *lo práctico* que ha venido a ser la tendencia ruin de los vulgares materializados y desprovistos de todo ideal.

Y yo creo que *lo práctico* es todo lo opuesto a esa tendencia, desde que esa tendencia no es práctica en el más elevado sentido de la vida.

Lo práctico es utilización, armonía, conformidad y aplicación de la experiencia y de lo positivo con nuestras aspiraciones ideales.

Lo práctico es *lo posible*; cómoda aproximación a realizaciones de ensueños y sensato y razonable vuelo a las inaccesibles cumbres de lo sublime.

No podemos vivir sin ser prácticos.

Y no hay nada más ideal, ya que vivimos, que regustar la vida.

Y no podemos regustar este incomprensible fruto del vivir (dulce, agraz, amargo), si no somos acomodaticios, hábiles y sobre todo, prácticos.

La vida bien mondada es una fruta exquisita.
 Pero la vida es una cosa muy dura y difícil de
 pelar.

* * *

¿La sinceridad cae dentro de *lo práctico*?

De *lo práctico* desvirtuado no; pero sí de *lo práctico*
 no desvirtuado.

El ambiente social no es de sinceridad y por eso
 es rechazada la sinceridad.

En el ambiente social se cotizan con altos precios
 muchos falsos valores y recordamos entre ellos la
 virtud, la fidelidad, el heroísmo, la humildad, la la-
 boriosidad, la fe, el honor, el patriotismo...

Consagrado un elevado culto a la noble sinceridad,
 muchos de estos falsos valores perderían totalmente
 su precio.

Y, en este caso, valdría más que nada la sinceridad:
 la verdad palpable.

Claro que, como vivimos en un ambiente conven-
 cional o artificial o viciado, no pasaríamos sin riesgo
 a un ambiente puro. ¿Cómo resistiríamos una oleada
 violenta de sinceridad por muy oxigenada que fuese?

Pero bueno será ir abriendo, poco a poco puertas
 y ventanas para que penetre el aire sano de lo ver-
 dadero.

Y no pido sinceridad por tendencia extravagante,
 sino sensatamente como el medio de acercamiento
 a un *ideal práctico*.

¿Habría que invocar los infinitos ejemplos en que
 el «hablemos claro», el «seamos francos», o el «seamos
 naturales», en una palabra la sinceridad, nos ha traído
 luz y armonía a los espíritus y bienes materiales en
 las imperativas necesidades que nos impone la na-
 turaleza?

Señor, dentro del propio catolicismo, ¿qué es la
 confesión, la confesión de los atribulados que sufren

el combate de sus pasiones y de su naturaleza, sino acto digno y consagrado de sinceridad?

El juez, el médico, el sacerdote, nuestro padre, nuestra madre, nos han exhortado a decir la verdad, por Dios, por nuestra salud, por nuestra salvación, por nuestro bien.

¿Y, entonces, cómo no exaltarnos con una teoría de santa sinceridad?

Tratemos de ir acercándonos unos a otros con una sinceridad piadosa, conmisericordada, tolerante...

No eres así, no soy así, yo soy de aquel modo...

¿Qué hacer si así nos hizo Dios? ¿Enmendar su obra?

¿Quién la comprendería ni quién podrá enmendarla?

No tenemos otra manifestación de Dios que la obra maravillosa e inabarcable del Universo.

Esa obra divina es Dios, Dios es la verdad. Vayamos a la verdad, respetando la obra divina.



Confesión

*¿A este querer tan vivo
también lo han de enterrar?*

En mis versos no hay *amor único, ni fidelidad eterna, ni constancia, ni volubilidad...* hay amor.

Es tan verdadero como el amor de *En la senda*, el amor de *La Compañera* y el de *Siempre me encontrarás*.

Mi vida, como tantas vidas, es una fugaz primavera de almendros floridos...

¡Cuántas flores divinas!... Unas cuajaron en duradero dulce fruto... Otras, de purísima blancura o de rosada ilusión, flores de un día, se deshojaron y se perdieron en esta borrasca que nos trae y que nos lleva y que es el vivir y el morir.

* * *

He predicado sinceridad y he de ser sincero:

Mientras vivió mi mujer, *La Compañera*, soñé y poeticé a *Mi reina de la fiesta*, que me había abandonado echándose otro novio, con el cual se casó... A poco de casada, murió *Mi reina de la fiesta*...

A mi mujer le hice en vida pocos versos. ¿Es que yo no la quería como a Rufina Crevillén la de *La carta del soldado* o sea la mujer de *En la senda* y *Mi reina de la fiesta*?

¡Es que la muerte es la gran idealizadora!...

Y las cosas soñadas y suspiradas y no realizadas, pasan a una muerte más idealizadora todavía: ¡la melancólica muerte de lo que no ha llegado a vivir!...

Pero yo quería a mi mujer Josefa Sánchez Vera, *La Compañera*, tanto o más que a Rufina Crevillén. Había de ser *La buena amiga*, la Muerte, la idealizadora, quien diera testimonio de mi ternura por tí; *Compañera mía, ¡Ahora que no te tengo!*...

Y el poema *La Compañera* es el más firme testimonio de aquel amor, tan puro y tan sincero como el más fiel amor.

* * *

Nuestra vida es así: una fugaz primavera de almendros floridos... Flores divinas, unas cuajadas en fruto y otras deshojadas que dejan de lo que fueron una vaga ilusión...

¡Una vaga ilusión!... ¡Qué labor la del tiempo!...

La mujer amada *En la senda* se ha ido alejando, alejando... y, desde que la Muerte me hizo el don de la idealidad de *La Compañera*, ¡triste gracial aquella mujer ha seguido alejándose, alejándose, hasta perderse *En la senda*...

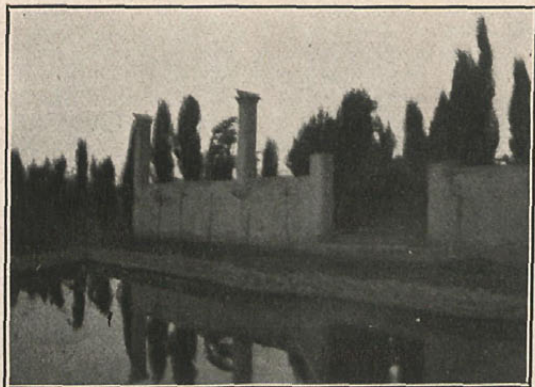
Ayer, no sé por qué, me acordé de Rufina Crevillén ¡y qué sensación extraña tuve! La sensación íntima, familiar y tierna que me producía su recuerdo otras veces, fué completamente opuesta: recordé a Rufina Crevillén como una olvidada forastera cuya evocación nos deja indiferentes... ¡¿Qué labor haces, Tiempo, que en el granito borras las más profundas huellas?!

* * *

¡Compañera mía, tan llorada y cantada; ¿qué extraño ha de ser que la honda huella que en mí has dejado, también la borre el Tiempo?!

El olvido es la muerte, Compañera mía:

*¡Más lejos cada vez en ese viaje
del que no volverás!...
parece que te veo alejarte... ¡alejarte
cada vez más!...*



Herido de muerte

Hace cinco años que me aguardas. Hoy vengo a hacerte la anual visita. Anoche, al acostarme, me noté algo anormal en mi cuerpo: en el costado izquierdo, hacia el vientre, un ligero abultamiento... ¿Qué será? Adentro, apretándome, me duele un poco... ¿Qué será? ¡Valemos tan poquita cosa!...

Tú comenzaste así: un bultito de nada en el pecho izquierdo, una avellanita... «¿Qué será? — dijiste tú también» — «No será nada... es una avellanita»... ¡Luego resultó un cáncer!...

La vida es esto: «Nada»... «una avellanita»... un cáncer...

* * *

Y decíamos «nada» y sonreíamos... ¡Y estabas herida de muerte!...

* * *

Hoy vengo a verte yo... Y acaso vengo sonriente... El tiempo lo cura todo... ¿Todo?... ¡Santo bálsamo!...

¿Qué será esa cosa que me he notado en mi cuerpo? Somos tan poquita cosa...

¿No habré venido, a los cinco años, hasta tu sepultura, ya herido de muerte?...

¡Pobre preocupación! ¡Qué apego a esta poquita cosa de la vida!... Herido de muerte... ¿Pero quién no lo está?

29 de Junio, 1920.

Cómo escribí el poema "LA COMPAÑERA"

La muerte de mi mujer, aunque quise tomarla con filosofía, me traspasó de pena. ¿Razonar el dolor? Bueno, se razona pero sigue doliendo.

A mí que todo mi sentir se me vuelve poesía, no se me ocurrió hacerle versos a mi mujer en los primeros meses de su muerte.

A los seis meses mi dolor comenzó a suavizarse, trocándose en honda melancolía y entonces creí que le haría alguna composición a mi esposa muerta. Efectivamente empecé a sentir algo de la poesía de mi dolor y comencé a tomar unas notitas en forma de cantares y de romance.

Yo me decía: «Anotaré estas cositas, tiernas, naturales, simples, y después les daré forma; de ellas me saldrá alguna composición.»

Pero sucedió que de las notas, y casi sin echar mano de ellas, pasé a las composiciones, fluyendo cada vez más abundante y espontáneo el manantial de este sentimiento... Yo dejé correr el venero y se formó este libro como un remanso de dolor...

De los primeros apuntes del poema entresaqué al-

gunos que doy aquí en un grupito de coplas y con el título «AL CAER LA TARDE.»

*
* *

Ya hecha la tirada de este libro me he puesto a releerlo. Temo que el lector halle en él la monotonía de los cansados y seguidos ayes y acaso sensiblería y simpleza.

Y es el caso que este libro es así, como es, de verdadero y de inocente. Lo he sentido y lo he dado como lo he sentido. No he querido hacerlo extenso, al contrario, temía que se hacía extenso; pero, una a una, todas sus poesías me han mandado imperativamente: se me han venido a los puntos de la pluma y me han pedido su página.

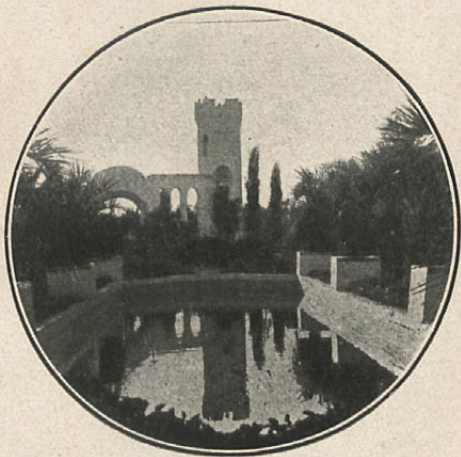
¡Qué vamos a hacer!

Confío en tu indulgencia, lector. Quizás te he cansado y aburrido... quizás has llorado mucho y te ha parecido éste un libro hermoso.

A mí, con este libro (y con algún otro mío) me sucede que tan pronto me parece sencillamente una maravilla, como una cosa inocente y demasiado simple.

Y es que en esta clase de arte sencillo y natural, no caben los términos medios: ¡O lo tonto o lo sublime!





INDICE

Se ha quedado lo mismo que un castillo silencioso la casa.....	7
Recuerde el alma dormida (Jorge Manrique).....	9
De nadie soy el huésped al finalizar el día... (R. Tagore).....	10
Esperanza (Nervo).....	11
Las ropas de la muerte (Azorín).....	12
Rinconcito de paz.....	14
La Compañera fué Josefina la de Capote.....	16
Mi debilidad.....	21
Culto.....	26
La fiesta de La Compañera.....	29
Alma - verso.....	33
Desvelo.....	34
El animal.....	38
En el Camino.....	39
Los del carrito.....	42
La buena amiga.....	43
El Tesoro.....	45
Duerme.....	46
Deseo de partir.....	48
Es natural.....	49
El rosal.....	50
No tiene madre.....	52
¡Contigo!.....	54
Todo y nada.....	57
Los claveles.....	58
Eres tú.....	61
¡Una vez!.....	62
En las sombras.....	63
El carrito.....	67
Yo espero.....	68
La Cama.....	69
En el andén.....	70
De tanto... ¡Nadal!.....	73
La corona.....	74
En el carricoche.....	75
Frío.....	77
El Tiempo y la Muerte.....	78

Nada?!	79
Y muerta... ¡vives!	80
La despedida...	82
La flor de la tápena...	84
La visita...	85
La verjita...	86
Viajero...	87
Ausente...	89
Volvemos...	94
Ahora que no te tengo...	96
Velándote...	99
Las oraciones...	102
El día florido...	104
Recidiva...	106
1.º de Noviembre...	108
Santo designio...	109
El castillo encantado...	113
¡Carne mía!	124
El automóvil...	127
¡Y yo me veía sólo!	129
Los alaridos...	132
Amigo...	135
Al caer la tarde...	136
¡Allí está!	139
La lechuza...	141
Sueño triste...	144
El olvido es la muerte...	145
Soñando...	147
Aberración...	149
«¡Cómo te vas a criar!»	151
En un pensamiento...	152
¿Por qué cruzaste las manos?...	153
Felicidad...	155
¡Si tú volvieras!	156
El palito de la vejez...	158
Dolor...	159
A dónde vamos todos...	160
La razón del sentimiento...	161
Su sonrisa...	162
Oración...	163
Me ves desde la altura...	164
Los pendientes...	165
La esperanza...	166
Mis amores...	167
Contrición...	170
Más cerca de mí...	173
La razón y el sentimiento...	175
Los viejecitos...	177
Leyendo mi breviario...	179
Camino de la verdad...	181
Confesión...	184
Herido de muerte...	187

INDICE DE GRABADOS

Ex Libris.....	5
Se ha quedado lo mismo que un castillo silencioso la casa.....	7
Rinconcito de paz.....	13
» » ».....	15
La Compañera, cuando era moza aldeana.....	18
Rincones de la quinta.....	22
Barraca murciana y huertanos, en América.....	23
Rincones.....	24
La Huerta de Murcia en América. Bancales de trigo y barracas (Tricromía).....	25
La Compañera 1904 y 1915.....	27
Ya no me llama la cama, compañía busco en un libro.....	35
... ¡la cabeza ansiosa de animal transido levantada al cielo! (Tricromía)...	38
En el camino.....	40
En el camino... en un pobre carrito (Tricromía).....	42
Este es el tesoro mío (Bicromía).....	44
El viejo rosal del patio (Tricromía).....	50
En ti, como en su espejo, tu madre se miraba.....	53
Yo soñaba llegar contigo a viejo.....	55
Entre piar de pájaros y murmurar de fuentes.....	59
¿De qué jardín vendrías, tan lozana y alegre? (Tricromía).....	60
... fuera, en la noche, se sienten como pasos.....	64
... en mi soledad te espero, por si vienes.....	65
Un dulce aullar, entre sueños, el perro dormido tiene... (Tricromía)...	66
En las sombras.....	66
La corona.....	74
Y muerta, vives.....	81
¡Ay cuando los ojos miran lo que adoran... que seacaba!... (Tricromía).....	82
... cerquita me tienes con las nenas.....	85

Hay tumbas olvidadas (Tricromía).....	86
La casa solitaria y silenciosa.....	89
Ya la casada cose otra vez ropitas.....	90
La casa solitaria.....	92
Los polluelos invaden la casa solitaria... (Tricromía).....	93
... hecha flor y perfume, tú renaces más bella y joven... (Tricromía).....	94
De lo que me falta a mi, a darme cuenta comienzo.....	97
Quise recogimiento y quise santuario.....	100
Ha un año que te has muerto.....	101
Una mañanita de un día florido (Tricromía).....	104
Rincones y recuerdos.....	107
¡Dichosos los que mueren, si han de quedarse vivos en nuestros corazones! (Tricromía).....	108
El poeta y la compañera, al año y medio de casados.....	110
El castillo encantado (Dibujo a pluma).....	113
El baño de la reina mora y el rosedal.....	114
El jardín.....	115
La casa (Dibujo a pluma).....	116
La casa.....	117
La torre y las fuentes.....	118
Patio interior (Dibujo a pluma).....	119
Las alamedas.....	120
La barraca (Dibujo a pluma).....	121
El castillo (Dibujo a pluma).....	122
Lago del castillo.....	123
¡Y yo me veía solo! (Tricromía).....	129
... te acompañaba la nena ... os dejé en aquellas playas.....	131
... hicieron en la casa más silencio... (Tricromía).....	132
... y, como para ahogar los alaridos, cerraron las ventanas y las puertas... (Tricromía).....	134
Al caer la tarde.....	137
No lejos de nosotros, en un jardín callado.....	140
Cuando tú sufrías, la lechuza agorera cantaba.....	142
El olvido es la muerte.....	146
La razón y el sentimiento.....	176
El espejo del castillo encantado.....	180
Misterio en el espejo.....	186
El claro espejo.....	189



De estas obras completas de Vicente Medina ya van publicados seis volúmenes, hasta el presente, y todos ellos eran inéditos. Seguirán unos catorce volúmenes más, todos también inéditos, y cuya especificación es la siguiente:

CONTRA EL DIOS DE LOS HOMBRES
(¡A trallazos!)

HUMO (Yo mismo)

SIN RUMBO (Versos excépticos)

PEQUEÑA GALERÍA (Apuntes)

A LA BUENA DE DIOS (Filosofía ligera)

ISED TENGO! (Versos-Anhelo del más allá)

NINFAS Y SÁTIROS (Versos eróticos y galantes)

HECES (Del fondo de las cosas)

PAVESAS (Más versos de amor)

CENIZAS (Palabras de amor)

EN EL SURCO (Versos del ocaso)

LA TIRANA (Versos del abuelo)

PLUMAS AL VIENTO (Del bello pensar)

AIRES ARGENTINOS (Estilos)

PEDIDOS

á la Agencia Gral. de Librería
Rivadavia 1673, Buenos Aires.
Librería "Fernando Fé" Puerta
del Sol 15, Madrid - Librería de
Victoriano Suarez, Preciados 48
Madrid.

Nuevas Obras de VICENTE MEDINA

VIEJO CANTAR (Versos de amor) con un artículo de Unamuno.

¡PADRE NUESTRO! (Breviario) Pensamientos - Prosa.

PATRIA CHICA (Sentimiento regional) Prosa.

EN LAS ESCUELAS (Preceptiva literaria y pedagógica).

EN EL MUNDO HUÉRFANO (Excepticismo) Prosa.

LA COMPAÑERA (verso) Poema íntimo.

Amaos los unos a los otros } Libros para
Cançiones de niños } niños y, para
 } hombres-niños
 } ó sea ingenuos.

I YA REGADA ESTÁ LA TIERRA
CON LA SANGRE DE LOS HOMBRES.

II HONDOS SURCOS HAN ABIERTO
LOS TRABAJOS Y LAS PENAS...

III SEMBRADORES, A LOS CAMPOS
QUE ES EL DÍA DE LA SIEMBRA!...

TRIBULACIÓN Tres libros en un volumen de 400 páginas.

- Libro I - **HACIA LA NUEVA JERUSALEN**
" II - **PATRIA GRANDE**
" III - **ANTE LA NUEVA FÁBRICA DEL MUNDO**

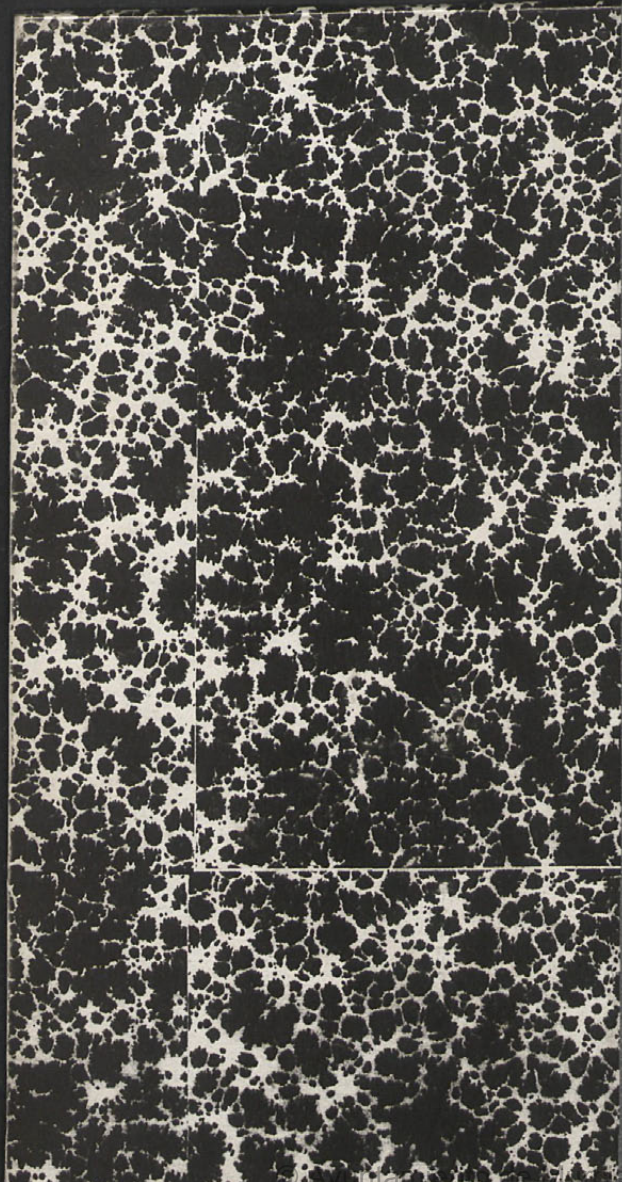
Son en junto seis libros que contienen escuetamente las tendencias radicales del autor ante el desquiciamiento social: guerra, imperialismo, militarismo, nacionalismo, capitalismo &a.





179

da



LA

E
T
N

V. MEDINA

COMPañE

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

ESTE

7

TABA

F

N.º

9